

El poeta en la casa:
antología de poetas de
La Casa de España
en México

Selección y versiones
(con una excepción)
de Martí Soler

EL COLEGIO DE MÉXICO



EL POETA EN LA CASA
ANTOLOGÍA DE POETAS DE LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO



EL POETA EN LA CASA

ANTOLOGÍA DE POETAS

DE LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

selección y versiones (con una excepción) de

MARTÍ SOLER



EL COLEGIO DE MÉXICO

861.6082

P7454

El poeta en la casa : antología de poetas de La Casa de España en México / selección y versiones (con una excepción) de Martí Soler. - 1a ed.- México, D.F. : El Colegio de México, 2015. Colección Rescastes 117 p. ; 23 cm

ISBN 978-607-462-902-6

1. Poetas españoles - México. 2. Escritores exiliados españoles - México. 3. La Casa de España en México. I. Soler, Martí, comp.

Primera edición, octubre de 2015

D. R. © EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN: 978-607-462-902-6

Impreso en México

ÍNDICE

Nota liminar	II
--------------	----

EL PRIMERO

Alfonso Reyes	15
Salutación al romero	15
La hora de Anáhuac	16
La tonada de la sierva enemiga	19
Fantasía del viaje	20
Glosa de mi tierra	22
Noche desnuda	24
Sol de Monterrey	24
Yerbas del tarahumara	26

LOS TRANSTERRADOS

Enrique Díez-Canedo	33
Epigramas americanos [selección]	33
Capacidad de olvido	36
Los laureles reales de Cuernavaca	38
Pedro Salinas	41
Don de la materia	41
La otra	42
<i>Beso será. Parecen otras cosas...</i>	43
¿Las oyes cómo piden realidades...?	44
La muchacha que se zambullía	45
Construcción de la ruina	47
Afán	47

Josep Carner	49
Diàleg	49
Enyor dels nostres pins	51
Trànsit d'Enric Díez-Canedo	51
Vetlla de retorn	52
Nabí (canto IX)	54
León Felipe	59
Oferta	59
La poesía llega... ahí está	62
León Felipe con los ángeles	66
José Moreno Villa	71
Parque selvático	71
Edad	72
Vivo y sueño	76
Canciones a Xochipilli	77
Juan José Domenchina	91
<i>Contemplad y exaltad...</i> [fragmento]	91
Distancias	93
Vándalo agosto	93
Segunda cautividad	94
Mujer	95
<i>Alborozo de verdes iniciales...</i>	96
Josep Maria Miquel i Vergés	99
La veu del vianant	99
Quatre sonets	102
<i>El cementiri de les paraules</i>	102
<i>L'amor d'ahir</i>	102
<i>L'onada</i>	103
<i>L'etern naufragi</i>	104

Anexo 1. Versiones de los poemas de Josep Carner	105
Anexo 2. Versiones de los poemas de Josep Maria Miquel i Vergés	111
Notas	115

NOTA LIMINAR

Aquí, hablando de La Casa de España, debemos considerar dos hechos que los documentos (y las muchas antologías de su poesía) demuestran indiscutibles: que Alfonso Reyes era poeta e hizo muchos amigos en su estancia en España que resultaron poetas y que, aunque invitó poetas, muchos de ellos tenían además otras actividades. Algunos de los poetas a los que invitó, como por ejemplo Carles Riba, famoso por su traducción de Homero y no sólo por su condición de poeta, no pudieron o no quisieron llegar a La Casa de España. Algunos, como León Felipe, ya tenían intereses previos en México, familiares o de otro tipo; otros, como Miquel i Vergés, fueron invitados por su condición de historiadores. En realidad, fueron una minoría frente al mundo de abogados y médicos que llegaron. Sin embargo, creo que son una muestra ilustrativa de los distintos creadores de poesía en España.

Reunimos aquí a los que estuvieron en La Casa de España desde un buen principio (1938-1940), que alcanzaron fama como críticos de la estética prehispánica, *vid.* José Moreno Villa, o como traductores, *vid.* Josep Carner (y Pedro Salinas, que pronto se estableció en Estados Unidos). Encontramos además gente de casi todas las partes de España: catalanes, madrileños, andaluces, extremeños, viejos castellanos... Todos ellos interesados en la literatura y en la lengua (o en las lenguas), se dedicaron a la docencia y a la investigación, aunque algunos (Carner, Domenchina) lograron cierta fama en la traducción un poco obligados por las circunstancias económicas del momento. Por lo que hace a Enrique Díez-Canedo, no hay que olvidar sus preciosas conferencias sobre literatura y sobre teatro, a iniciativa igualmente de La Casa de España.

He incluido más o menos una misma cantidad de páginas para cada uno, aunque Moreno Villa se lleva la palma y Miquel i Vergés, en cambio, es menos favorecido, pues su poesía, por azares del destino, desapareció en gran medida y nunca publicó un libro que la reuniera (debemos pensar que por exceso de autocrítica). Los sonetos reproducidos se salvaron por haber sido premiados y publicados en revistas catalanas del exilio. Seguramente los más productivos fueron Josep Carner, José Moreno Villa, Pedro Salinas y León Felipe, pero no debemos olvidarnos de que Juan José Domenchina publicó además su famosa *Antología de la poesía española contemporánea*, que cubre los años de 1900 a 1936 y que vio la luz en varias ediciones.

Finalmente, una recomendación, la de revisar los documentos contenidos en *La casa del éxodo* (2a. ed., México, El Colegio de México, 2015) donde los currícula de todos ellos aparecen, algunos hasta 1956, otros más extensamente, y que me permiten obviar las bibliografías de todos ellos.

EL PRIMERO

ALFONSO REYES

(Monterrey, 1889 – Ciudad de México, 1959)

SALUTACIÓN AL ROMERO

—Caminas por el prado, que está de primavera
y ciego, ¿no contemplas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, conduces la carrera,
alzando a Dios las palmas que llevas en la mano?

Ciego del mundo, y sabio para mirar el cielo,
sueltas la mente por donde los astros van,
como en la noche oscura, por el Monte Carmelo,
erraba, libre, el alma del místico San Juan.

La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa
y, lejos, en el cielo, fulguraba una cruz.
Pasaste tú, romero, y no mirabas cosa,
sino, en el cielo, la maravillosa luz.

¿Andabas por el prado, que está de primavera,
y, ciego, no mirabas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, llevabas la carrera
alzando a Dios las palmas que ofrecía tu mano?

A mí que, donde piso, siento la voz del suelo,
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?

¿Qué buscas, con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?

Romero: en el crepúsculo vuelan los serafines.
En la dorada luz te borras para mí.
Tu alma y el crepúsculo se mezclan por afines,
y en la tarde tu lámpara arde como un rubí.

La sacrosanta lámpara donde quemar perfumes;
la de alumbrar, nocturna, la trabajosa senda;
la que ha de velar por ti, cuando te abrumes
en medio de la noche azul, bajo la tienda—.

El romero, que estaba en medio de la tarde,
me miró silenciosamente, con claridad:
yo no vi en sus ojos mentira ni alarde,
sino la inmóvil luz de la fatalidad.

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro
de imperceptibles pájaros vibra con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogan en la tarde como en mi corazón.

LA HORA DE ANÁHUAC

Ya con incierta pupila el frepúsculo parpadea;
ya las prudentes aves, regalo de tus estaciones,
cimbran la cuna del ramo; ya tu laguna humea
al fresco de la tarde sus nubladas exhalaciones.

Cuando, en hilera rítmica, bajan del monte a los llanos
ciervos del Anáhuac, ostentando las altas diademas:

hijos de los vientos, articulando las manos,
corren sobre las puntas de las flores y de las yemas.

Ya los hocicos frágiles rayan la onda por
donde los cuerpos rasgan como por una red:
escúrrenles las jetas y hay en la pierna un temblor
que pinta sobre el agua palpitaciones de sed.

Así —oh siglos— hallábanles los cazadores de pumas,
atisbadores pacientes del inefable minuto:
vibra en el cuello del ciervo la flecha regida de plumas
y dóblase el ciervo, súbito, arrodillando el tributo.

Hora que viste acaso rodar su corona al suelo:
recata con tu manto las agonías felices.
Crudo el ojo explora la lobreguez del cielo:
negros hilos corren de las hinchadas narices.

Hora que vas girando hacia las horas perdidas:
suelta alucinaciones de tus entrañas nutrices.
Ya llora la leyenda por las selvas estremecidas,
adonde canta el Rey nutrido con dulces raíces.

A quien, bajo los tiros que atinan su honda y su piedra,
águilas y serpientes saltan, figurando blasones;
a quien la roja venganza rindió su cuchillo de piedra:
a quien la blanca justicia dio las riendas de tres naciones.

Crinados los guerreros, van en legión escogida:
¡temerosa muerte la que su puño asesta!
Mientras de las cabezas huye indignada la vida,
las enemigas orejas colmaban flexible cesta.

Hora que ya desmayas en el cendal de la noche:
cifran tus estrellas unas fatídicas fechas.
Surges tú, Ilhuicamina, bajo el capuz de la noche,
y alargas la mano a los astros para recobrar tus flechas.

Y tú, Rey Sacerdote, los horóscopos meditando,
eras miserable como la última flor.
Huye la casa de esmaltes, ve por las aguas llorando,
que los cometas mortales anuncian al Hijo del Sol.

Nacen de la sombra cubos ciclópeos y bárbaros,
donde cuadrado el ídolo abre las pupilas sin luz;
y sobre los cúes, como siniestros relámpagos,
en zozobras de oro cintilan fulgores de cruz...

Huérfano el santuario de corazones vivos,
y los oídos del llano del ululato guerrero,
irás con frente pálida, y a tus ojos sensitivos,
las danzas de tus enanos serán el alivio postrero.

Él, erizado de púas como enemigo cardo,
tú, dulce y turbador como magnético lirio,
mira, bajo el penacho y el amenazante dardo,
alzarse un bulto de hombre más capaz que tú de martirio.

¡Príncipe de la piragua! ¿Qué te valdrían perdones?
¡Siégale, Conquistador, con el cuchillo que llevas!
(Última hora de Anáhuac: llora sobre las naciones,
hora que tiendes el cuello a la hoz de las horas nuevas.)

LA TONADA DE LA SIERVA ENEMIGA

Cancioncita sorda, triste,
desafinada canción;
canción trinada en sordina
y a hurtos de la labor,
a espaldas de la señora,
a paciencia del señor;
cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción
de esclava niña que siente
que el recuerdo le es traidor;
canción de limar cadenas
debajo de su rumor;
canción de los desahogos
ahogados en temor;
canción de esclava que sabe
a fruto de prohibición:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

Entre dientes, mal se oyen
palabras de rebelión:
“¡Guerra a la ventura ajena,
guerra al ajeno dolor!
Bárreles la casa, viento,
que no he de barrerla yo.
Hílales el copo, araña,
que no he de hilarlo yo.
San Temo encienda las velas,
San Pascual cuide el fogón.
Que hoy me ha pinchado la aguja
y el huso se me rompió.

Y es tanta la tiranía
de esta disimulación,
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón,
tengo miradas de reto
y voz de resignación.”

Fieros tenía los ojos
y ronca y mansa la voz;
finas imaginaciones,
y plebeyo corazón.
Su madre, como sencilla,
no la supo casar, no.
Testigo de ajenas vidas,
el ánimo le es traidor.
Cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

FANTASÍA DEL VIAJE

Yo de la tierra huí de mis mayores
(¡ay casa mía grande, casa única).
Cardos traje prendidos en la túnica
al entrar en el valle de las flores.

Llegué hasta el mar. ¡Qué música del puerto,
qué feria de colores!
No lo creerán, ¡si me juzgaron muerto!
¡Ay, mi ciudad, mi campo aquel sin flores!

He visto el mar. ¡Qué asombro de los barcos!
¡Qué pasmo de las caras tan cobrizas!
Los ojos, viendo el mar, se tornan zarcos,
y la luz misma se desgarran en trizas.

¿Y el marinero aquel, hijo de Europa
(¡ay ubres de la Loba, ay ubres!)
que ostentaba, acodándose en la popa,
los brazos recamados de mayúsculas azules?

Yo iré por mis natales caseríos
como una fatalidad:
¡Ay montañas, árboles, hombres míos,
he visto el mar!

Lo grabaría yo sobre la seca
madera de mis árboles nativos;
lo gritaría en la casona hueca
para oír resonar sus ecos vivos:
—¡He visto el mar!

Lo diría en las polvorosas calles
de mis aldehuelas, de aquellos pueblos
cálidos, donde el aire del ventalle
se lleva las palabras en sus vuelos.

¿Quién lo creería de los viejecitos
que cuentan nuestros años con los dedos?
Hablan: el aire de los abanicos
se lleva las palabras en sus vuelos.

Ninguno ha visto el mar. —Palmas. Un río
sesgo y apenas rumoroso corre.

Viven urracas negras en la torre,
oros vestida con el sol de estío.

Polvo en la villa, polvo en las afueras;
hornazas de metal, bocas de fragua.
Y, por invierno, un vaho en las vidrieras
que se va deshaciendo en gotas de agua.

GLOSA DE MI TIERRA

*Amapolita morada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí.*

I

Aduerma el rojo clavel
o el blanco jazmín las sienas;
que el cardo es sólo desdenes,
y sólo furia el laurel.
Dé el monacillo su miel,
y la naranja rugada
y la sedienta granada
zumo y sangre —oro y rubí;
que yo te prefiero a ti,
amapolita morada.

II

Al pie de la higuera hojosa
tiende el mando la alfombrilla;
crecen la enacua sencilla
y la cortesana rosa;

donde no la mariposa,
tornasola el colibrí.
Pero te prefiero a ti,
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
del valle donde nació.

III

Cuando, al renacer el día
y al despertar de la siesta,
hacen las urracas fiesta
y salvas de gritería,
¿por qué, amapola, tan fría,
o tan pura, o tan callada?
¿Por qué, sin decirme nada,
me infundes un ansia incierta
—Copa exhausta, mano abierta—
si no estás enamorada?

IV

¿Nacerán estrellas de oro
de su cáliz tremulento
—norma para el pensamiento
o bujeta para el lloro?
No vale un canto sonoro
el silencio que te oí.
Apurando estoy en ti
cuanto la música yerra.
Amapola de mi tierra:
enamórate de mí.

NOCHE DESNUDA

Llora la noche como amargo riego
que aseca el alma, pero la desnuda,
y enfrentado conmigo mismo, entrego
todas mis confesiones a la duda.

Hay una complacencia, hay un despego
en la mentira que se desanuda,
cuando el mundo, en las burlas de su juego,
sólo nos pide la aquiescencia muda.

Y así, desengañados los sentidos
y en una sumisión desengañada,
mis remos, más ociosos que rendidos,

tocan, en fin, la orilla deseada:
insomnio de colores desvaídos,
ópalo y ámbar en la madrugada.

SOL DE MONTERREY

No cabe duda: de niño,
a mí me seguía el sol.
Andaba detrás de mí
como perrito faldero;
 despeinado y dulce,
 claro y amarillo:
 ese sol con sueño
 que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.

Aun creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba.
Y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
 despeinado y dulce,
 claro y amarillo:
 ese sol con sueño
 que sigue a los niños.

(El fuego de mayo
me armó caballero:
yo era el Niño Andante,
y el sol, mi escudero.)

Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.
¡Cuánto sol se me metía
por los ojos!
Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!
¡Oh cuánto me duele, adentro,
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.—
Cada ventana era sol,
cada cuarto era ventanas.
Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,

y la huerta en lumbre viva
se doraba.

Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo,
 despeinado y dulce,
 claro y amarillo:
 ese sol con sueño
 que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!—
Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba —y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.—
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

YERBAS DEL TARAHUMARA

Han bajado los indios tarahumaras,
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,

denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,
bravos habitantes de la nieve
—como hablan de tú—,
contestan siempre así la pregunta obligada:
—“Y tú ¿no tienes frío en la cara?”

Mal año en la montaña,
cuando el grave deshielo de las cumbres
escurre hasta los pueblos la manada
de animales humanos con el hato a la espalda.

La gente, al verlos, gusta
aquella desazón tan generosa
de otra belleza que la acostumbrada.

Los hicieron católicos
los misioneros en la Nueva España
—esos corderos de corazón de león.
Y, sin pan y sin vino,
ellos celebran la función cristiana
con su cerveza-chicha y su pinole,
que es un polvo de todos los sabores.

Beben tescüino de maíz y peyote,
yerba de los portentos,
sinfonía lograda
que convierte los ruidos en colores;
y larga borrachera metafísica

los compensa de andar sobre la tierra,
que es, al fin y a la postre,
la dolencia común de las razas de hombres.
Campeones del Maratón del mundo,
nutridos en la carne ácida del venado,
llegarán los primeros con el triunfo
el día que saltemos la muralla
de los cinco sentidos.

A veces, traen oro de sus ocultas minas,
y todo el día rompen los terrones,
sentados en la calle,
entre la envidia culta de los blancos.
Hoy sólo traen hierbas en el hato,
las yerbas de salud que cambian por centavos:
yerbaniz, limoncillo, simonillo,
que alivian las difíciles entrañas,
junto con la orejuela de ratón
para el mal que la gente llama “bilis”;
la yerba del venado, el chuchupaste
y la yerba del indio, que restauran la sangre;
el pasto de ocotillo de los golpes contusos,
contrayerba para las fiebres pantanosas,
la yerba de la víbora que cura los resfríos;
collares de semillas de ojo de venado,
tan eficaces para el sortilegio;
y la sangre de grado, que aprieta las encías
y agarra en la raíz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández
—el Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos—
logró hasta mil doscientas plantas mágicas
de la farmacopea de los indios.
Sin ser un gran botánico,

don Felipe Segundo
supo gastar setenta mil ducados,
¡para que luego aquel herbario único
se perdiera en la incuria y en el polvo!
Porque el padre Moxó nos asegura
que no fue culpa del incendio
que en el siglo décimo séptimo
aconteció en el Escorial.)

Con la paciencia muda de la hormiga,
los indios van juntando sobre el suelo
la yerbecita en haces
—perfectos en su ciencia natural.

LOS TRANSTERRADOS

ENRIQUE DÍEZ - CANEDO

(Badajoz, 1879 – Ciudad de México, 1944)

EPIGRAMAS AMERICANOS

(selección)

Partida

Cádiz es amigo ejemplar.
Te trae a bordo, y, al zarpar,
te dice adiós. El mar y el cielo
te envuelven, y entre cielo y mar
todavía ves blanquear
su temblor de último pañuelo.

Peces voladores

Parece el mar sereno,
y una guerra civil quizá en él se desata.
De su seno surgidas, se clavan en su seno
las saetas de plata.

Entrando en Río de Janeiro, de noche

La noche, reina negra, desciende hasta sus mares.
Para el baño la ornaron sus doncellas.
En sus pechos de sombra luminosos collares.
En sus crespos cabellos un enjambre de estrellas.

Avenida Paysandu (Río de Janeiro)

¡Oh, genio del lugar que nos acechas!
lléguense sin recelo a ti las almas:
porque, en signo de paz, todas tus flechas
clavaste en tierra y se han trocado en palmas.

Montevideo a la vista

Ya el mar es patria, no destierro;
porque el espíritu de Ariel
esboza una ciudad y un cerro
con su luminoso pincel.

Hay-kay de Buenos Aires

La curva criolla de una voz
vuelve americana
la calle.

Plaza de San Martín (Buenos Aires)

San Martín por los aires galopa,
y en la plaza el frondoso arbolado
finge en torno fantástica tropa.
Corre el viento. Escuchad. Cada copa
guarda un eco del grito sagrado.

A Valery Larbaud, pensando en Ricardo Güiraldes

Se fue. Ya no es más que sombra.
Montó en su pingo pampeano.
Solo se fue por el llano:
dejó atrás rancho y potrero
y en el último lindero
nos dijo adiós con la mano.

Paso de los Andes

La grandeza toca al espanto.

Y el tren cruza la cordillera,
menudo y silencioso, tanto
que la montaña no se entera.

Puente del inca

¡Milagro, equilibrio inaudito!
Como en una arista de hielo
descansa el mundo: dad un grito
y se hundan la tierra y el cielo.

Imagen del Mapocho

Río de tierras libres, caudillo mal domado,
preso te ves de pronto; piensas que es un mal sueño,
y entre tus vencedores pasas precipitado,
prietos los puños, turbia la cara, duro el ceño.

Negrta de Panamá

Animalillo joven, lindo boceto humano,
tallo henchido de savia, flor nocturna en botón:
¡que el tiempo, como inhábil pintor, con tosca mano,
de tan gráciles líneas haga informe borrón!

Las cuatro negras de Colón (en el mercado)

Blanco y azul, rosa y verde;
nada que ajuste y concuerde
sino en la desarmonía.
Son estas cuatro matronas
como banderas chillonas,
cuya extraña algarabía
tiene alardes inauditos,
tiene cadencias bestiales.
Son banderas de señales
que hablan, no a señas, a gritos.

El talle de América

Un cinturón de agua ciñe tu talle, América.
Es un broche Balboa, Colón el otro broche.
Luce a la vez en ambos tu riqueza quimérica.
Son, de día, esmeraldas; diamantes, por la noche.

La guayra

A la montaña el mar se aprieta
con urgencia tan viva
que tú no puedes más, inquieta,
y echas a correr, monte arriba.

Mar contraria

Hoy es el barco potro que galopa.
Tasca el freno y albea la espuma a cada salto.
La cola barre el mar, tendida tras la popa,
como una estela sobre el mar cobalto.

CAPACIDAD DE OLVIDO

No por lo que de pronto
levanta la cabeza
como el que sale de un sueño largo,
no por lo que riela
como rayo furtivo
de luz mañanera
en un vaso de agua
y a la penumbra se proyecta
de una pared dormida aún;
no por lo que despunta como tajante aleta
de tiburón que hiende el haz
de la quietud marina, estofa tersa
rasgada por el corte

de una navaja negra:
mi dolor va perdido
y en la nada bracea
buscando el eco imperceptible,
la inexistente huella
de lo que fue y murió del todo.

Memoria, devanadera
de cabos sueltos, remendona
de infinitas piezas,
tú, cara fiel y corazón voluble,
devuélveme a la fuerza
lo que has triturado,
la estrella
que convertiste en nebulosa,
la ciudad que volviste selva,
y el aliento
que un instante empañó la vidriera,
y el pesar que ya no es ni halago,
y el placer que ya no es ni pena,
y la llamarada de odio
que ya no es ni chispa siquiera.
¿No resucitan de tu sepulcro
todos los muertos que entierras?
¿No ha de haber para todos un sábado de gloria?
¡Devuelve, devuelve tus presas!

Pero tú te callas,
ahíta y avarienta,
y sólo das residuos, mundos huesos
para que los vistamos
de carne y de seda,
para que nos gocemos
con una limosna mezquina,

como si nos anbrieras
tesoros de cuento de hadas,
minas de inagotable veta.
Y es tuyo lo mejor, aquello
que fue nuestra dicha perfecta
quizá, y lo fue tanto
que no supimos que lo era,
y hoy bastaría para llenarnos la existencia
con aroma inmortal de limpia rosa...
Pero sólo nos dejas
lo que quieres tú, dura madre
que sus besos al hijo regatea.

LOS LAURELES REALES DE CUERNAVACA

I

¡Qué lluvia de saetas! Certera, en cada copa
de laurel, incesante, la campiña las clava.
¿O es fugitivo ejército que cede ante la tropa
de la noche que llega, más compacta y más brava?

II

Ya será el árbol repleto. Mas no es son de aleluya
su canto: es de tumulto, de pasión, de congoja.
Vino volando un pájaro, se encontró sin su hoja.
Todos protestan; nadie quiere dejar la suya.

III

Huyen las aves. La espantada brusca
¿no arrastrará las hojas del árbol en su huida?
No es nada. El gavilán del municipio busca
su regalo, su diezmo, su mordida.

IV

Cuchicheo, aleteo. Apenas habla
la copa, ya sin ruido ni querella.
Sólo un pío el coloquio tímidamente entabla
con la primera estrella.

V

No le asignéis un nombre cabalístico.
Lleno de aves y mudo se levanta.
Ya no es el árbol mágico que canta.
Es, trémulo y callado, el árbol místico.

VI

¡El día! Con sus himnos la orquesta le saluda,
luego en rápidos grupos se desbanda.
Fue la noche magnífica. Sin duda
van al campo a ejercer la propaganda.

PEDRO SALINAS
(Madrid, 1881 – Boston, 1951)

DON DE LA MATERIA

Entre la niebla densa
el mundo era negro: nada.
Cuando de un brusco tirón
—forma recta, curva forma—
le saca a vivir la llama.
Cristal, roble iluminados,
¡qué alegría de ser tienen,
en luz, en líneas, ser
en brillo y veta vivientes!
Cuando la llama se apaga,
fugitivas realidades,
esa forma, aquel color,
se escapan.
¿Viven aquí o en la duda?
Sube lenta una nostalgia
no de luna, no de amor,
no de infinito. Nostalgia
de un jarrón sobre la mesa.
¿Están?
Yo busco por donde estaban.
Desbrozadora de sombras
tantea la mano. A oscuras
vagas huellas sigue el ansia.
De pronto, como una llama,
sube una alegría altísima

de lo negro: luz del tacto.
Llegó al mundo de lo cierto.
Toca el cristal, frío, duro,
toca la madera, áspera.
¡Están!
La sorda vida perfecta,
sin color, se me confirma,
segura, sin luz, la siento:
realidad profunda, masa.

LA OTRA

Se murió porque ella quiso;
no la mató Dios
ni el Destino.

Volvió una tarde a su casa
y dijo, por voz eléctrica,
por teléfono, a su sombra:
“¡Quiero morirme,
pero sin estar en la cama,
ni que venga el médico
ni nada. Tú cállate!”

¡Qué silbidos de venenosos
candidatos se sentían!
Las pistolas en bandadas
cruzaban sobre alas negras
por delante del balcón.
Daban miedo los collares
de tanto que se estrechaban.
Pero no. Morirse quería ella.

Se murió a las cuatro y media
del gran reloj de la sala,
a las cuatro y veinticinco
de su reloj de pulsera.
Nadie lo notó. Su traje
seguía lleno de ella,
en pie, sobre sus zapatos,
hasta las sonrisas frescas
arriba en los labios. Todos
la vieron ir y venir,
como siempre.
No se le mudó la voz,
hacía la misma vida
de siempre.
Cumplió diecinueve años
en marzo siguiente: “Está
más hermosa cada día”,
dijeron en ediciones
especiales los periódicos.

La heredera sombra o cómplice
prueba rosa, azul o negra,
en playas, nieves y alfombras,
los engaños prolongaba.

BESO SERÁ. PARECEN OTRAS COSAS...

Beso será. Parecen otras cosas.
Parecen tardes vagas, sin destino
errantes por el tiempo: y nos esperan.
Al borde de los labios, de la vida,
se estremecen palabras, nombres, síes,
buscándose su ser, y no lo encuentran;

retornan al silencio, fracasadas.
No querían hablar, lo que querían
es hablarte, y no estás.
Pero ellas, todo
esto que nada es, esto que vive
en tierna primavera distraída,
espera su cumplirse, cuando llegues.
Todo es labios, los míos o los tuyos,
hoy separados. Lo llamamos hojas,
brisa, tarde de abril, papel, palabras.
Pero si te presentas,
correrán todos, largos frenesíes
impacientes de espera, a reunirse.
Y la nube, la luz y las palabras,
y esta gran soledad,
de bocas solas con sus almas solas,
beso será, se encontrarán en beso,
dado por esos labios ardorosos
que se llaman la ausencia, cuando acaba.

¿LAS OYES CÓMO PIDEN REALIDADES...?

¿Las oyes cómo piden realidades,
ellas, desmelenadas, fieras,
ellas, las sombras que los dos forjamos
en este inmenso lecho de distancias?
Cansadas ya de infinitud, de tiempo
sin medida, de anónimo, heridas
por una gran nostalgia de materia,
piden límites, días, nombres.
No pueden
vivir así ya más: están al borde
del morir de las sombras, que es la nada.

Acude, ven conmigo.
Tiende tus manos, tiéndeles tu cuerpo.
Los dos les buscaremos
un color, una fecha, un pecho, un sol.
Que descansen en ti, sé tú su carne.
Se calmará su enorme ansia errante,
mientras las estrechamos
ávidamente entre los cuerpos nuestros
donde encuentren su pasto y su reposo.
Se dormirán al fin en nuestro sueño
abrazado, abrazadas. Y así luego,
al separarnos, al nutrirnos sólo
de sombras, entre lejos,
ellas
tendrán recuerdos ya, tendrán pasado
de carne y hueso,
el tiempo que vivieron en nosotros.
Y su afanoso sueño
de sombras, otra vez, será el retorno
a esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.

LA MUCHACHA QUE SE ZAMBULLÍA

En el borde, en el mismo borde
de la tierra, de la tabla delgada,
del fin del mundo, cuerpo esbelto.
Abajo
sonríe, canta y encanta,
llama,
con su careta de espuma,
con la sonrisa verdiblanca,

él, ellos, todos, ninguno.

¿Irá, no irá?

Desde la punta del pie, toda tensa,
hasta la frente sin idea
la doncella se va vistiendo
con la gran desnudez de la víctima
voluntaria, muy voluntaria.
Vibra la tabla. Es un adiós
a la núbil sacrificada
que, de puntillas, se prueba la fuerza
y tida hecha junco, baila que baila,
se va llenado de síes, de síes, de síes.
Hasta que el sí más profundo
—el arco de la alegría sin fin, inocente—
la lanza.

Viajera breve del aire,
flecha carnal disparada,
dibuja la curva del sí,
dibuja la recta del sí.

Y hecho su cuerpo la prenda perfecta
del sí que le canta en el alma,
se entra derecha, en su traje de espuma
por las galerías verdes,
en busca de la gran fiesta,
de la profunda fiesta en silencio
de los últimos fondos del agua.

CONSTRUCCIÓN DE LA RUINA

Ardua, muy ardua es, construcción de la ruina.
Hace falta luz clara en estudios muy altos
para delinear finamente los planos.
¡Qué sueño, el de la ruina!
Cómo espolea, cómo
enciende el corazón, rumbo hacia el heroísmo.
Desvelos y desvelos,
montones del insomnio
de tantos que la sueñan.
A un tiempo, a cien mil millas,
manos, ojos concordes
la trazan, su mañana.
Mujeres sin abrazos
sufren, porque la ruina
es más amada que todo otro amor.
Se desmadran las ruinas olvidadas
de sus padres, obreros
que la van ya erigiendo.
La materia no niega sus prodigios:
escondidos metales se desfloran
y los secretos últimos se rinden
a la mente que acosa: sí, es posible.
La ruina, sí es posible,
y hay que hacerla.

AFÁN

No, no me basta, no.
Ni ese azul en delirio
celeste sobre mí,
cúspide de lo azul.

Ni esa reiteración
cantante de la ola,
espumas afirmando,
síes, síes sin fin.
Ni tantos irisados
primores de las nubes
—ópalo, blanco y rosa—,
tan cansadas de cielo
que duermen en las conchas.
No, no me bastan, no.
Colmo, tensión extrema,
suma de la belleza,
el mundo, ya no más.
Y yo más.
Más azul que el azul
alto. Más afirmar
amor, querer, que el sí,
y el sí, y el sí.
La tarde, ya en el límite
de dar, de ser,
agota sus reservas,
gozos, colores, triunfos,
me descubre los fondos
de mares y de glorias;
se estira, vibra, tiembla,
no puede más.
Lo sé, se va a romper
si yo le grito esto
que ya le estoy gritando
irremisiblemente
a golpes:
“Tú, ya no más: yo más.”

JOSEP CARNER

(Barcelona, 1884 - Bruselas, 1970)

DIÀLEG

Era un carrer de tanques i de barraques buides.
Tot fent-hi via, solitari, vaig sentir
una veu feble entre la pols i prop de mi.
I jo mirava al meu entorn qui mai seria;
i solament hi havia
una ombra, la meva ombra, seguint el meu camí.
Mig despapat, vaig escoltar què deia:
—Só jo, que et vull parlar. No pas ningú
de totalment estrany a tu;
jo só la teva empremta; tu fores, si et deixava,
quelcom d'insòlit i de gens segur,
parença feta d'aire que un aire nou se'n du.
Quan, embriac o foll, tu dubtes del teu ésser,
veure'm a mi i assegurar-te'n és tot u.
Tinc per virtuts fidelitat i obediència:
vaig dreta al teu costat per la paret:
quan ella s'ha acabat, m'ajec per terra,
fidel encara a tu, que restes dret.
Som companys de camins i de recerques:
jo só qui es deixa comandar,
tu qui comanda,
i, dòcil, cal que atrapi ton gest, a estil del ca
que heu un tros de vianda.
—I tu em coneixes i em judiques? —Ben segur:
sóc tu mateix, tot i divers de tu:

fins, per mon geni fàcil
i en mon avanç calat i reflectit,
puc cabdellar-me o allargar-me
com tu fas solament amb l'esperit.
Mai amagar-me no sabries
cap nou afany, cap desesment;
a mi em pertoca de comptar-te i mesurar-te
el corregit inici de cada moviment.
El nostre pas em diu si goses o si dubtes:
sento el que penses quan no en dónes entenent.
Abaixa l'urc. et dic: talment, perquè caminis
és llei fatal que caminem tots dos;
jo, que sóc ombra, t'acompanyo encara
quan tantes d'altres ombres se t'han fos
de cos massís i de veu clara.
—Fas ton deure, ja ho sé, ben delerosa,
que jo sigui distret o bé malagraït;
digue'm, però: ¿i aquest servei no et reca,
oh filla d'un besar del dia i de la nit?

—No. Cap incerta sang no m'ha donat la vida,
mai cap desig no m'ha valgut turment:
per'xò no conec ira ni vergonya
ni delectança ni remordiment
ni mai, ombra que sóc, l'ombra de un dubte.
A l'hora de ta fi
quan cessi, al teu costat, el meu camí,
m'esvairé pels aires, incorrupta.
Perquè, immaterial, no sentiré ploralles
davant d'un clot ja a punt.
A mi no mai em tocarà la terra
que et tiraran damunt.

ENYOR DELS NOSTRES PINS

Oh! pins damunt les serres, orgull de les alçàries,
 guaites del mar, enlaire d'escumes i d'esculls!
 Sabeu l'afany que em migra i el tomb de mes pregàries:
 em cal, per a trobar-vos, només que cloure els ulls.

Veuré jo mai la joia que ve per lentes vies?
 Amb sols la meva parla per goig i per consol,
 encara en terra estranya s'escolen els meus dies.
 De pressa, gran diada que estimbaràs el dol!

De pressa! Ja a encalçar-me s'acuita l'hora freda
 que per a sempre esborri l'enyor, la pena, el clam.
 De cop creuré que caiguin els rengs de la pineda
 per una fenedura del rocam.

TRÀNSIT D'ENRIC DíEZ-CANEDO

Sospiraven els llibres en rengleres.
 Veié, un moment, amb crua llum al volt,
 aquell raïm de cares ben amades,
 atapeïdes en llur dol.

De puntetes deixà la seva cambra;
 tenia en sa despulla massa fred.
 Passà una porta nova, que va obrir-se
 només que per a ell en la paret.

Baixà per una escala,
 estreta i amarada com un pou,
 i eixí tot lleu a la boirosa via
 on s'apaivaga l'ànima que fou.

Ombra, gentil encara, en la ribera
final, amb la deixa d'un somrís
guanyà el cor de Caront, dur com sa barca,
i escampà, tot passant, l'aire estantís.

Del riu en l'aigua negra, en embarcant-se,
plegà l'última imatge dels estels,
i deixà la meitat d'un epigrama
al peu d'uns asfodels.

VETLLA DE RETORN

Oh Pàtria, bastida
pels déus! Oh lloc segur, durable i franc!
Totes les ombres fugisseres
de terres i de pobles dellà de tes fronteres
roden pels ulls sense durar-nos en la sang,
i en va les compassàvem amb tu, columna dreta,
en qui l'angoixa espleta
de generacions del nostre fang.

Deixàrem casa nostra,
les trescades i el tros dels nostres avis,
de la fortuna en dolorós acluc;
eixírem pel portell de la desfeta
i ens escampàrem en recerca d'eixopluc;
Juràrem que altre cop sabries ésser altiva
i en signes pobres t'emportàrem viva,
ramell de boix o branquilló de bruc.

A cada ocell i onada,
a cada núvol lleu,
dàvem missatge de sospirs, i qui moria,

tos cims cercava en son retorn a Déu;
a cada estació que desfullàvem
volíem baratar el cel, el vent, la neu;
i era cada bocí del pa de cada dia
comunió amb el teu.

Avui, però, vora les mars estranyes
i les insòlites muntanyes,
ací i allà del món,
dins un roser de l'alba
diu l'esperança nova, adés vinguda,
oh Catalunya, del teu cor pregon:
—Qui sap? Compteu les hores, que mos portals ja frisen
i són els de la festa, no pas els de l'afront.

Oh Catalunya, què et durem en presentalla?
Potser et conhortaràs del que llevem a dins:
recances del que fou i minves del que fórem,
oh tu, drapada en nous destins!
Estem ferits en l'ànima,
malalta de l'esquinç;
en enfilall d'anyades exhaurírem
tants de zodíacs indistints!

Però braç voleiant, genolls en terra,
destriarem un dia ton llindar.
Serem doll de la teva correntia,
i remor de ta feina i ton parlar
els que en insomnis i diürn tumulte
pensen en el renom del teu demà,
i els que es migren d'afany de respirar-te,
i els senyalats per veure't i finir.

—Sempre han estat mon goig —diu Catalunya—
 les portes lliures i els camins oberts.
 Dos fills bessons havia portat a les entranyes,
 un d'acatat i un de dispers;
 i l'un solcant la gleba i el seu germà les ones,
 no mai es deslligaren mon lloc i l'univers,
 i així m'escau més de desig entre les fites
 i així só més igual vora el divers.

Perquè des del començ de mes centúries
 no pas tot el meu seny és sojorniu.
 Per on, de la mirada a estels que no s'albiren
 del clos estant o de l'empriu;
 d'ales i veles i marins cordatges,
 de la pols i del pol·len dels viatges,
 d'ardents ciutats remotes, de tresca en llocs salvatges,
 també, qui resta, en viu.

NABÍ

IX

En el son, una nit vaig deixar mon trespol.

A una llum verda i poca.
 —Que lluny no sóc! —em deia, mirant tot las al volt.
 Cames penjant damunt la roca
 em creia d'ésser-hi tot sol.
 I en cavil·lar per quin lloc tiraria,
 i en descantant les vores d'abriülls
 l'últim sospir del dia,
 de sobte, més que no venia, sentia
 d'algú, darrera meu, els ulls.
 Afectada de grec, digué una veu: —T'enterques,

amic, rodant de destret en destret,
 escarnit en cada poblet
 on dius que t'ha parlat el déu que encara cerques!—
 Ell modulava cantarella molt civil,
 amb la parpella migcloent-se, compadida;
 l'aire que feia aquella veu subtil
 em gelava la nuca ajupida.

(Quan Déu sospesa
 un cor i diu: —Serà mon confident,
 a poc a poc el desavesa
 d'enraonies amb la gent.
 Qui Déu escolta de tot es destria,
 qui Déu escolta l'alè té nuat,
 qui Déu contempla, l'herbei damunt seu creixeria,
 qui Déu contempla fa cara d'orat;
 i si caigués, d'Ell encara encisat,
 entraria en la mort per la porta del dia.
 I l'home fet feréstec per l'alta solitud,
 dels afalacs no té consuetud
 i no li plau qui, esbraveït, fa com donzella
 i parla amb capcineig i cantarella;
 qui ha esdevingut esquerp no es fia de qui brella,
 i veu senyal d'insídies dels genis traïdors
 en l'home obsequiós.)

Qui en terra tan immemorada i sola,
 pensava jo, manyagement acull?
 Sota la nit que enfosqueïa la rossola
 jo sols guaitava enrera, de reüll.
 —És tot el que veiem, sentia, polseguera;
 de miques frisadores és l'alta roquetera,
 els arbres, vós i jo i el sauló del camí.
 Tot mor i torna i roda sense fi;

i si enllà de la trèmula rodera
 hi hagués algú diví,
 bell punt mirés, ple de l'afany de la carrera,
 vindria al remolí.
 Res no pot eximir-se del destí
 de moure's si no és curant de no existir.—
 —Ta parla que m'alerta, jo deia, no em trastoca,
 oh tu, sobrevingut quan a ponent
 moria l'últim encenall ardent,
 tu que et torces al volt de la soca
 com si estrafessis el serpent,
 i d'ulls encesos en la nit com la miloca.
 Qui sota el mal encís
 el nom de Déu rebolca en l'ira,
 encara es té, valent pel seu permís,
 en l'alè d'aire que imprecant respira;
 qui nega Déu
 no nega més que un sòrdid pensar que ell sol es féu;
 qui vol eixir-se'n hi ensopega;
 el trist i abandonat el fa venir quan prega;
 dins son esclat es tapa d'ulls el fugititu
 i qui l'ignora en viu.

Amb veu que tot amanyagant s'arrisca
 ell responia a mon parlar:
 era la cura pèrfida que llisca
 per a malmetre i entortolligar.
 —Tinc gran dubtança
 que sigui qui tant és i tan opac s'atansa.
 Mentre jo visc, vejam, què fa?
 No en tinc esment ni en sé les noves.
 No hi val recórrer els cims, entrar a les coves.
 Si viu, aquí té un cingle, que em faci rodolar.

Vaig fer-me enrera,
 d'esglai del Déu ofès.
 I vaig mirar; ningú per l'alta roquera,
 i al mig del cel no res.
 I en la nit buida que tots sons aplaca,
 més buida per l'absència del llamp responedor,
 emplenà mes orelles la ressaca
 de la meva maror.

I va esclatar la riallada
 del descreient;
 i tot seguit em va muntar la foguerada
 d'un pensament:
 —La teva fe salva amatent!—
 I amb un escreix de força fera
 vaig anar al reptador com un esperitat,
 i aferrant-lo pel pit ben anusat
 el vaig capitombar per la cinglera.

I en reculant-ne d'esma, un cop atroç
 cuidava fer-me caure tot flac, sense homenia;
 i era només un so que m'estordia:
 la batzegada, en un relleix, del cos.

D'uns penicals arrapissaire
 em vaig tenir, desfet, en un esquei de l'erm.
 M'amenaçà el penyal, em féu vergonya l'aire.
 Déu em deixava del fondal al caire
 arraulit com un verm.

I clarament, com una música sentia:
 —Cap flastomia
 com negar que Déu és perdó.
 Car Abel fou son servidor.

I si Déu fos malsofridor,
qui mai viuria?
Qui diu: Jo venjo Déu? Qui s'aparella
a menar Déu contra fantasmes fugitius?
Ell abraça el llop i l'ovella
i l'esperver i els nius,
Ell és qui esbrolla la garriga
i esporgarà son bell verger, faixat de rius.
Li lleva senyoria qui castiga;
per a la vida ens aixecà
i ens la prendrà quan l'hora siga:
així com a l'infant, que veu el món minvar
perquè sos ulls s'acluquen de fatiga,
hom pren una partença de cosa amb què jugà.—

Llavors, negat al fons de més gran fondalada
que no l'occit, el cap alçava com
si no gosés; i en veure escrita en l'estelada
una promesa per pietat traspuntada,
a rossegons per terra vaig adorar son Nom.

LEÓN FELIPE

(Tábara, Zamora, 1884 – Ciudad de México, 1968)

OFERTA

Mercaderes:
Yo, España, ya no soy nadie aquí.
Aquí,
en este mundo vuestro
yo no soy nadie. Ya lo sé.
Entre vosotros
aquí, en vuestro mercado,
yo no soy nadie ya.
Un día me robasteis el airón
y ahora me habéis escondido la espada.
Entre vosotros,
aquí,
en esta asamblea,
yo no soy nadie ya.
Yo no soy la virtud. Es verdad.
Mis manos están rojas de sangre fratricida
y en mi historia hay pasajes tenebrosos.
Pero el mundo es un túnel sin estrella
y vosotros sois sólo vendedores de sombras.
El mundo era sencillo y transparente;
ahora no es más que sombras,
sombras,
sombras...
Un mercado de sombras,
una bolsa de sombras.

Aquí,
en esta gran feria de tinieblas,
yo no soy la mañana...

Pero sé

—y esto es mi esencia y mi orgullo,
mi eterno cascabel y mi penacho—
sé

que el firmamento está lleno de luz,
de luz,
de luz,

que es un mercado de luz,
que es una feria de luz,
que la luz se cotiza con sangre...

y lanzo esta oferta a las estrellas:

“Por una gota de luz,
toda la sangre de España:

la del niño,

la del hermano,

la del padre,

la de la virgen,

la de los héroes,

la del criminal y la del juez,

la del poeta,

la del pueblo y la del Presidente...

¿De qué os asustáis?

¿Por qué hacéis esas muecas, vendedores de sombras?

¿Quién grita?

¿Quién protesta?

¿Quién ha dicho: Oh no, eso es un mal negocio?

Mercaderes:

¡Sólo existe un negocio!

Aquí,

en este otro mercado,

en esta otra gran Bolsa

de signos y designios estelares,
 por torrentes históricos de sangre,
 ¡sólo existe un negocio!
 sólo una transacción.
 Y una moneda.
 A mí no me asusta la sangre que se vierte.
 Hay una flor en el mundo
 que sólo puede crecer si se la riega con sangre.
 La sangre del hombre está no sólo
 hecha para mover su corazón,
 sino para llenar los ríos de la Tierra,
 las venas de la Tierra
 y mover el corazón del mundo.
 Mercaderes...

Oíd este pregón:

“El destino del hombre está en subasta.
 Miradle ahí, colgado de los cielos
 aguardando una oferta...” ¿Cuánto? ¿Cuánto?
 ¿Cuánto, mercaderes?... (Silencio.)

Y aquí estoy yo otra vez;
 aquí, sola. Sola, sí.
 Sola y en cruz. España-Cristo
 —con la lanza cainita clavada en el costado.
 Sola y desnuda —jugándose mi túnica dos soldados vesánicos—.
 Sola y desamparada —mirad cómo se lava las manos el Pretior—.
 Y sola, sí, sola,
 sola
 sobre este yermo seco que ahora riega mi sangre;
 sola
 sobre esta tierra española y planetaria;
 sola
 sobre mi estepa
 y bajo mi agonía;

sola
sobre mi calvero
y bajo mi calvario;
sola
sobre mi Historia
de viento,
de arena
y de locura,
y bajo los dioses y los astros
levanto hasta los cielos esta oferta:
Estrellas:
vosotros sois la luz.
La Tierra, una cueva tenebrosa sin linterna
y yo tan sólo sangre,
sangre,
sangre...
España no tiene otra moneda...
¡Toda la sangre de España
por una gota de luz!

LA POESÍA LLEGA... AHÍ ESTÁ

La Poesía llega como un gendarme a la casa del crimen.
Ahí está. Viene porque la he llamado yo.

Y viene con su ademán desnudo,
con su mirada sin cortinas,
con su mirada sin eclipse...
con una mirada que no se esconde nunca bajo el toldo de los
párpados
ni a la sombra de las pestañas...
Viene con su mirada abierta siempre.

La Poesía llega con su apostura fría,
cínica,
inmisericorde...
como un soldado terrible,
como un sayón,
como el sargento encargado del cacheo y del deshaucio,
como el oficial eclesiástico de la Inquisición,
como el escribano con su mano de infolios donde se va a escribir
 el inventario de todo lo que se esconde bajo el sótano,
como el confesor con su saco blindado donde se van a meter
los crímenes,
las herejías,
los ídolos falsos
y las lámparas votivas alimentadas con alquitrán.

La Poesía llega.
Viene porque la he llamado yo.
Viene a confesarme y registrarme.

Un hombre cualquiera puede ser el poeta:
el publicano que no sabe rezar...
también el publicano...
cualquier publicano... el último publicano...
Porque también el corazón de los inconsiderados
entenderá la sabiduría...
y la lengua de los balbucientes
hablará clara y expedita.
Y el poeta es el hombre que llama a la Poesía sin miedo.
Al gran sayón... al viejo sayón inmisericorde
y le dice cuando llega a su puerta: Entra.
Quiero saber dónde vivo.
¡Hay tantas sombras,
tantas telarañas
y tantos fantasmas aquí dentro!

Entra.

Tú eres la Poesía... la Verdad y la Luz.

¿No es así?

La que abre las ventanas

y rompe los goznes de las puertas...

¿No es así?

La que ahuyenta el trote de las ratas

y apaga el ruido espectral de la polilla en la madera.

¿No es así?

La que barre las cortezas caídas y los vidrios quebrados que se
amontonan en los rincones tenebrosos...

¿No es así?

La que encuentra los grandes versos perdidos y los grandes sueños
que en la revuelta de las pesadillas se escondieron

entre las circunvoluciones del colchón...

¿No es así?

La que encuentra también al radiocardiograma olvidado entre
los folios del viejo libro polvoriento, el radiocardiograma
donde se registran los golpes del fantasma apócrifo y los del
ángel del destino...

¿No es así?

La que sane dónde está la sogá que una noche amarré de la viga
más recia...

¿No es así?

La que viene a apretar y a exprimir la vejiga de las lágrimas hasta
la última gota de sangre y de leche...

¿No es así?

La que viene a tapiar con ladrillos de fuego el cuarto donde
la lujuria y el sexo envenenado guardan los negros sueños
espantosos...

¿No es así?

Tienes una llave, ¿verdad?

y una piqueta... y un hacha...

y una mecha encendida

y una escoba...
y unos ojos sin párpados...
¿No es así?
Tú eres... ¡tú eres!
A ti te he llamado.
No eres la hermosa doncella vestida de blanco
y con una ramita de laurel
para el bonete del juglar.
Eres dura, seca... y fea... fea
como la verdad para un criminal... para mí
Yo soy un criminal...
un criminal... como cualquier hombre de la tierra,
un criminal... como cualquier otro ciudadano del mundo.
Soy el gran criminal vestido de hollín y de betún
que loco y fugitivo
recorre este planeta apagado y tenebroso.
Lo confesaré todo:
He asesinado a la Belleza
y he apuñalado a la Alegría...
He ahogado a la estrella
y he arrojado la lámpara al pantano.
¡Mirad mis manos chorreando sombras!
¡Mirad esas manos de carbón llenando de humo el aire
y apagando las últimas pupilas,
las luciérnagas,
los faros
y los astros!

¡Sálvame!... Quiero la Luz...
¡Sálvame!... Quiero ver la Luz... ¡Sálvame!
Te he llamado para que me salves.
Y te he llamado a ti...
no a la hermosa doncella vestida de blanco
y con una ramita de laurel

para el bonete del juglar.
Te he llamado a ti... a ti... viejo sayón inmisericorde.
Y te he llamado para que luego de oírme
registres esta cueva,
abras las ventanas,
derribes las puertas,
barras las tinieblas,
quememos mis entrañas
y dejes entrar de nuevo en esta casa subterránea,
en este cuerpo funeral...
la Alegría y la Belleza resurrectas,
como un río de luz sin presas y sin frenos.

LEÓN FELIPE CON LOS ÁNGELES

A Nuria Parés,
uno de los ángeles que andan por este libro.

Ya sé que os burláis de mí,
me dejáis entrar en el cielo
—sin que se entere Dios—
por la puerta trasera del corral,
por la gatera de la puerta,
por donde se cuelan los gatos
en los grandes palacios señoriales.
Eso os lo agradezco:
para entrar en el cielo
cualquier horado es bueno.

Pero os burláis de mí,
sé que os burláis de mí.
Y esto que estáis haciendo conmigo
no puede ya seguir, ni como travesura angelical.

¡Hay que ver la fama que me habéis levantado allá abajo
 en la tierra
 con esos papelitos que me metéis en el bolsillo!
 No se habla de otra cosa más que de León Felipe.
 ¡El Gran Poeta! ¡el gran poeta!
 ¡El viejo poeta del roto violín!
 Y ese mote me lo habéis puesto vosotros.
 Hasta los limpiabotas saben ya este mote.
 En algunos sitios allá en Rusia
 me llaman el viejo camarada del roto violín.
 Y los judíos me han regalado un capelo
 para que pueda entrar en las sinagogas.
 Algunas veces oigo decir: —Ahí llega el Rabino León Felipe.
 No puedo atravesar la calle.
 Se amontona la gente: —¡Bravo, bravo, bravo!
 En Madrid dicen todos: ¡Toca como los ángeles!
 (Parece que están en el secreto.
 ¿Quién se lo habrá dicho?)
 Ya llega, ya llega, el viejo loco del roto violín.
 ¡Qué estrella de cine!, ¡qué torero famoso! ¡Ni el Cordobés!
 Yo tengo más fama que todos ellos juntos.
 (¡Y qué odiosa, qué pesada es la fama!...
 prefiero una cama de pulgas.)
 Las camisetas y los calcetines
 llevan la marca de mi violín,
 las casas de música han vendido todos los violines
 y un banquero de Wall Street
 me ha regalado un Stradivarius.

 ¿Para qué quiero yo un Stradivarius?
 Yo no sé tocar más que en este violín...
 y esas partituras
 que siempre me habéis metido vosotros en el bolsillo.
 Al principio me parecía una broma divertida

hecha a espaldas de Dios,
pero ahora que sé la verdad no sigo adelante.
Soy un fraude...
un plagiario...
Esto es una estafa.
No quiero vestirme más con plumas de pavo real.
Los aplausos y la gloria no me han engrdeído,
es verdad...
pero no quiero vivir con este remordimiento de conciencia...
Y ahora mismo voy a contárselo todo a Dios.
(Los ánegels se ríen; uno dice:
—Eres un mal bufón... y no sabes seguir
una broma, León Felipe.)
¡Nada de bromas... nada de bromas! Yo no quiero
engañar a nadie.
Y esto que estamos haciendo es un pecado
que está consignado en el Decálogo:
¡“No engañarás”!
Y ahora mismo me llevo hasta el trono de Dios
y se lo cuento todo.
—¿Qué le vas a contar? —interrumpe un ángel.
—Que esos poemas que se han publicado en la tierra
con mi nombre, no son míos,
que los habéis escrito vosotros
y que esas palabrotas heréticas, sucias y escatológicas...
(¡cochinos, no os da vergüenza!)
son de vuestro puño y letra,
nacidos de vuestro ingenio.
Yo no he hecho más que copiar.
Yo no soy más que un pobre copista asalariado.
¡Yo no soy un gran poeta!
Que lo sepan todos en el cielo
y en la tierra
para descargo de mi conciencia.

¡Yo no soy un gran poeta!
y yo no he escrito
ni este libro
ni estos versos...
Que lo sepa también el Arzobispo...
y que os excomulgue a vosotros.

JOSÉ MORENO VILLA
(Málaga, 1887 – Ciudad de México, 1955)

PARQUE SELVÁTICO

Este parque, donde camino sin oírme,
se esconde en una selva que es mía sin remedio.

Voy temblando ante mí.
Todo temblor es inicial de un vuelo.

Por el parque me voy,
pero en la selva me pierdo.
Los caminos, de nada sirven.
Los pies se me hunden en el pensamiento.
He volcado mi selva en el parque;
voy sin senderos.
Y sin meta.
Al albedrío del viento.
Pero del viento que circula
donde ya no hay veletas ni espectros.
Donde las almas finas
se quedan en los huesos.
Allí donde las ramas de la selva
son de largos silencios.
Allí donde las ramas
son silencio.
Allí, donde lo concreto es misterio.

EDAD

1

La edad, como la luna
silentemente se me va perdiendo.
Se va a perder por no sé qué praderas
o montañas del firmamento.

La edad, eso tan vago
y a la vez tan concreto,
esa luna lunática
de ilusiones y sueños,
fabricada con años
que vivo sólo ahora, al cabo de ellos.

Mis años son Edad,
esa luna que pierdo,
que se me va por las oscuras lomas
hacia praderas que me dictan miedo.

Antes, no la veía;
estaba muy adentro;
era cosa menuda.
Pero creció y abandonó mi cuerpo.

Desde ahora la miro
como miro en el cielo
esa luna en declive
color de blanco y amarillo espectro.

La Edad llega a ser algo
completamente externo.

La mía no concuerda
de todo a todo con mis sentimientos.

2

La edad me impone ahora cierto ritmo.
La noche empieza larga y más profunda.
La luna congelada,
esa Edad hecha piedra,
piedra suelta en el aire,
felinamente gira en torno mío.

Gira la Edad, la luna,
y mi sombra es la sombra mareada
de una luna sin cielo,
que busca la verdad de un muro blanco
donde afirmar su leve silueta.

3

Mareada mi sombra,
pisa y pasa por fríos estelares
mirando aquella luna, aquella Edad,
que fue saliendo de ella
como la espuma de la mar inquieta.

4

Ya la luna traspone
y Dios me va a encontrar hecho una sombra,
sin nada valedero.

Ya la Edad se encarama
y me voy sin sembrar nada que sirva.
Que sirva para bien, para alegría,
para conocimiento de mi gente.

Años, montón de años, gran Edad,
toda una luna de años he vivido,
y no supe, no quise,
o no pude acabar nada perfecto.

5

Ya no es hora. Los gajos de mi vida
se han congelado en esa luna calva
que sólo Dios podrá recalentar
si mete su perdón en mi pasado;
si mete su perdón en esta Edad
que, destacada de mi cuerpo, cae,
cumbres abajo, como luna monda.

6

Esa luna inquietante,
la Edad, que se destaca silenciosa,
me mira como un ojo
de la noche sin fin. Y yo no acierto
a leer lo que quiere,
porque el lenguaje de verdad es algo
no aprendido por nadie todavía.

7

Ese idioma lunar, lengua de siglos,
lo siento como un baño,
como un baño de edad,
como una resbalante ducha helada,
como polvo de luna.

8

En el abismo blanco
de un lenguaje cifrado por los dioses,
no valen el oído ni los ojos.

Por eso me concentro más y más
 en aquel otro abismo
 de lo ya transitado y no entendido,
 de lo que ya quemé de mi sustancia,
 de todos los afectos y apetitos.

9

Con esto, loco, huyo de la luna,
 de la edad material definitiva;
 me engaño, me distraigo, me enajeno;
 me fugo a otro planeta, voy contigo,
 con los pocos que huelen estas cosas,
 con los que merodean por los astros
 y beben luz de magia cada día.

II

¿A dónde vas, Edad? ¿A dónde, luna,
 sin pies y sin caminos en el cielo?
 ¿A rodar, a dar vueltas
 en el ámbito sordo,
 en la noche sin cabo
 donde esperan los mundos su agonía?

¡Qué delicia pisar la tierra firme!
 Solamente la edad cuajada en luna
 comprende la verdad de los caminos
 y de la humilde planta de los pies.
 Cuando ya no le quedan
 ni los pies ni el camino,
 cuando ya no le quedan
 ni manos ni frutales...
 Esta verdad, angustia y agonía,
 desesperada pesadilla parda,
 es superior al hombre;

por esto lo hace piedra, seca luna.
De vez en cuando, un párvulo optimismo
le dice: “¡Siéntate! ¡Pon en la tierra
tu corazón, y riégalo!
¡Enmaceta raíces o memorias!
Sólo en la tierra pueden prolongarse
las cosas que nacieron en la tierra.”
Mas responde: “Soy viejo y nunca he visto
corazón enterrado que florezca.
La tierra no devuelve corazones;
se traga los que nacen.
Y, al cabo de los siglos,
tu corazón de polvo lo alza el viento.
¿Qué niño tendrá hoy
polvo del corazón de San Francisco,
de Miguel de Cervantes o de César
entre sus dulces labios?”

VIVO Y SUEÑO

Hunde la rama del sauce
en la alberca su fatiga;
levanta el ciprés su lanza
infatigable a los cielos.

Con el sauce, vivo.
Con el ciprés, sueño.

Lánguida rama de sauce
me cuelga entenebrecida.
Lanza de ciprés emerge
de mi piel hasta el misterio.

Con el sauce, vivo.
 Con el ciprés, sueño.

Un cansancio secular
 baja, baja, baja a tierra.
 Sube, sube, sube altivo
 el secular pensamiento.

Con el sauce, vivo.
 Con el ciprés, sueño.

Todo me cansa y me rinde
 si no es mío, si es del mundo.
 Todo me embelesa y lanza
 si lo miro y lo penetro.

Nada vivo
 si no lo sueño.

CANCIONES A XOCHIPILLI

Portentoso dios de las flores,
 que usa careta.

Tal vez haya escrito las canciones a Xochipilli porque algo en mi fondo me decía que me iba saliendo ya la careta que le sale a los viejos, la rigidez facial que por lo visto se exige en el seno de la tierra.

I
 El dios de las flores
 ha subido a su trono:

la chinampa se mueve
como un astro en el mar.

“¡Xochipilli!:
¿qué flor quieres más?”

El dios de las flores
ha mordido un nardo,
después una rosa
y luego un clavel.

“¡Xochipilli!:
¿muerdes tu querer?”

Tú quieres las flores,
son tus criaturas,
y ellas te levantan
un trono encendido.

“¡Xochipilli!:
¿porqué su asesino?”

El dios de las flores,
quieto en su chinampa,
deshoja los lirios
y las amapolas.

“¡Xochipilli:
dame un molde de rosas!”

¡Xochipilli ansioso!,
¡Xochipilli sensual!,
¡glotón de violetas!,
¿qué flor odias más?

El dios de las flores
no contesta, come.
Come margaritas,
mastuerzos, jacintos,
retama, alcatraces,
orquídeas y plúmbagos.

El dios de las flores
no contesta, come.
Come con careta,
mirando a lo alto,
como poseído
de inmensa delicia.
Vive de las flores:
las crea y las come.

“¿A cuál quieres más,
Xochipilli galán?”

Galán galanero,
dime lo que quiero;
que lo voy a tragar,
que lo voy a matar.

II

¿Es mejor
ver la flor
que sentir su olor?

Gardenias, rosas, heliotropos, nardos,
sutiles alcoholes del olfato,
carriles hacia un mundo
de párpados cerrados,
de pequeñita deliciosa muerte,

de fulminante olvido claro;
¡qué pocas veces con vosotros ando!

Por esto mismo, ¡qué profundo halago!
A largas ausencias,
largos abrazos.

Me habéis rendido
como un divino cántico.
No os ven mis ojos.
Entre arrobos y arrobos avanzo.

¿Qué es mejor,
ver la flor,
o sentir su olor?

III

Te fuiste por los canales,
ansiosa de laberinto.

El sol, por entre las ramas,
camuflaba el suelo indio.

Tú, recordabas Venecia;
yo, un lago chino.

Te fuiste por los canales
de Xochimilco.

Te fuiste por los canales
ansiosa de laberinto.

Yo me quedé en la chinampa,
sentado a lo indio,
mirando a lo indio.

Tu chalupa se perdió
en una curva, contigo.

Xochipilli sonreía
en su trono, en Xochimilco.

IV. *Canta Xochipilli*

¡Cómo retoza
la brisa en el cuerpo desnudo!
¡Qué desligado
estoy del mundo!

Subo, ligero
de fuera y de dentro.
Voy por las sendas
incoloras del viento.

¡Cómo me brincan
al paso las flores!
No hay más que mirar
para que el mundo se haga doble.

Brinco también,
voy en volandas.
Por los aromas
va subiendo mi alma.

Quieto en la quieta
majestad de los cielos,

dormiré la punta
de mi gran sueño.

V. *Soleá gitana de Xochipilli*

La flor no pare, es solita.
Nace de una vara verde,
con, o sin espinas.

VI

No vale nada la flor
si le quitas el vestido,
que es forma, color y olor.

(Forma: concreción de vida.
Color: templanza sensual.
Olor: dádiva divina.)

Yo quisiera una canción
que fuese como el vestido
de la flor.

VII

Quiero huir
de la flor y de ti.

De la flor, por demasiado bella,
de ti, porque eres dios de piedra.

Quiero huir
de la flor y de ti.

De la flor, por su inconsistencia,
de ti, porque nada te altera.

Quiero huir
de la flor y de ti.

De la flor, porque nada deja,
de ti, porque en nada piensas.

Quiero huir
de la flor y de ti.

VIII

¡Xochipilli,
estupendo borracho,
que venteas como un lebrel
los aromas en el aire claro,
y apacientas
tus ojos avaros
en el variopinto
juego de los campos!

¡Xochipilli,
gemelo cetrino de Baco,
pero más fino,
por ser borracho
de aromas
y colores galanos!

¡Xochipilli,
sempiterno embriagado,
bebedor místico,
platónico y seráfico,
qué acierto y qué error
llamarte gitano!

IX

Andaré con flores:
andar entre ilusiones.

Tu careta es una ilusión,
Xochipilli, como mi canción.

La canción, la careta y la flor
son ilusiones
multicolores.

Pisa la brisa un amarillo botón
y parece que pisa el sol.

Toma el aroma un aire juguetón
y todo el mundo quiere a Dios.

Con las flores,
ando entre ilusiones.

Con las flores,
con las flores, que desconocen la pasión;
con las flores, que carecen de corazón;
con las flores
quiero mezclar mis ilusiones.

X. *Al hombre*

¿Eres más que la flor?
¡Qué pretensión!

Y la flor se va
sin que nadie la llore,
sin que nadie la rece.

Recemos por el alma de la flor,
que es su olor.

Alma de un día,
que se repite humildemente,
como la sonrisa del alba
en el oriente.

¿Eres más que la flor?
¡Qué pretensión!

XI. *La fiesta de Xochipilli*

El viento erraba en un principio
como la voluntad de un niño.

Daba en el pétalo amatista,
en el agua o en la torre fina,

sin lastimar, acariciando,
como quien besa en valsés lánguidos.

Pero después, llegado el tiempo,
todos le vimos duro y terco

enderezar su acometida
sobre las rosas de la vida.

Ya no besaba, no era niño
ni doncel amante y sumiso.

Era la fusta vengadora
de Xochipilli, dios de las flores,

que no tolera flor caduca
ni belleza que dura.

XII

“Ni la belleza caduca
ni la belleza que dura.”
Esto dice Xochipilli
bajo su careta oscura.

Y, apenas ordena al viento
que acabe con lo caduco
y lo que ya le cansó,
le ordena que se haga brisa,
y, a cada grano de tierra,
que sea flor.

“Ni la belleza caduca
ni la belleza que dura.
Eterna renovación
de tierra y flor
quiere mi careta oscura.”

XIII

Dios no recoge la flor,
la barre el hombre.

Por piedad y por limpieza
la recoge.

Pétalos mustios,
formas deshechas,
perfumes agrios,
¡fuera, fuera!

La dura escoba,
piadosamente,
va amontonando
lo que fue célibe,
lo que fue libre,
libre y alegre.

Dios no recoge la flor,
la barre el hombre.

XIV

Xochipilli,
voy a decirte un secreto;
vengo a ti
verdaderamente huyendo.
Busco tus flores
porque huyo del infierno.
Tus flores no viven,
son puros espejos
de notas cantadas
en cielos de ensueño.
Vivir a lo humano
es lo tremendo.
Donde tú reinas
hay arrobamiento.
¡Ilusiones, sí!
Pero, no tormentos.
¡Xochipilli,
guárdame el secreto!

XV

Emperadores, presidentes,
caudillos,
reyes,

mirad a este príncipe
de las esferas celestes,
sin cortesanos,
sin ministros alevés,
sin más asistencia
que estas almas tenues,
frías de cuerpo,
pero de aroma ardientes.
Qué gran fortuna
ser rey sin gente
cortesana;
reinar sobre estas fieles
multitudes coloras,
aromáticas e inconsistentes.

XVI

¿Eres también, Xochipilli,
dios de las flores cultivadas?
¿No fueron hombres y mujeres
los inventores de las rosas raras?

—Sí,
pero sin mí,
la rosa rara no hubiera existido.
Existe porque di mi permiso.
Sí:
No hay rosas raras sin mí.
¡Ji, ji!

¡Ríe, Xochipilli!
¡Suelta la risa bajo tu careta!
Los hombres trabajan para ti.
¡Ji, ji!
¡Cómo suena tu risa bajo la careta!

XVII

Ésta fue mojada en cielo,
 ésta fue mojada en sangre.
 El que sepa quién pinta a las flores,
 que hable.

Ay de la flor nazarena,
 triste de largo calvario,
 severa como la pena
 del exilado.

Ay de la hecha de oro,
 oro que es luz en lo verde.
 Amarillo es el recuerdo
 de quien no vuelve.

Ésta fue mojada en vino.
 Ésta fue mojada en nieve.

Ay de la flor llamarada
 que trepa y canta
 arriba, en lo más alto
 del exilado.

XVIII

Ésta es la flor no nacida,
 la que no te obedeció,
 Xochipilli, la que dijo:
 “nacer para un día, ¡no!”
 y apretada en su capullo
 se quedó.

JUAN JOSÉ DOMENCHINA

(Madrid, 1898 – Ciudad de México, 1959)

CONTEMPLAD Y EXALTAD... (fragmento)

Contemplad y exaltad el aplomo con que toma su desayuno el
mayorazgo,
y el gesto heroico y digno con que “reprende y castiga a todos los
que ama”: dilectísimos siervos que llevan su sangre.
(Cuando la paternidad se investigue,
sabréis que todos sois hermanos.)

Exaltad y admirad asimismo el atuendo de la Corte,
la ofuscadora magnificencia del brocatel del pórtico, los
dilatados intercolumnios por donde apenas cabe la grandeza
del Ungido,
las bronceíneas arrendaderas del atrio, sólidas argollas donde
muerden las espinas de las cadenas cautivas, la impaciencia
del mensajero y el bello de la piafante cabalgadura;
la luenta pulcritud transparente del impluvio,
los bostezos seculares del puente levadizo,
la deliciosa nariz del vino de las cavas,
el primor del infantil zaguanete: bellísimos pajes!, orgullo del
numen paterno!,
la marcialidad primitiva de las rudas mesnadas
y la perpetua exhibición de guardainfantes suntuosos que
traslapan el grito de Algún Poder Fecundo,
la Realeza de Un Padre!
las costosas dalmáticas de los heraldos,
las piruetas chepudas y al rojo de los bufones,

donde chillan unánimes los escrupulillos de los cascabeles
áureos;
el bote hueco, anémico de la vejiga —drolático estampido,
la hermética gravedad de los emisarios, portadores de presentes
maravillosos, de mensajes plomados, signos de amistad a
través de un desierto de arenas;
la ambigua prestancia de los arduos augures, que espurrean su
saber astrológico, agudos de prestigio y capirote, duchos en
prestigiar, en embaucar con las verdades de los astros;
la gárrula asiduidad de los halconeros —cumbres de cetrería!,
que majan en sendos almireces la concluda,
exquisita para la voracidad del halcón predilecto;
la forja de los alquimistas, sótanos de la piedra filosofal, laberinto
salitroso de la panacea universal,
refugio de macilentos lémures,
donde los alambiques interrogan a los dioses o demonios
auríferos;
las hidrias, con el tesoro refrigerante e insípido de las nubes o del
venero oculto,
las magníficas cráteras para las bodas y afición mutua del agua y
el vino,
el regio alabastrón, hisopo que esperja orientales perfumes
y la lobreguez de la ergástula, donde la más hermosa cautiva
cimbrea obscenamente su cuerpo, entreabre los ojos
profusamente ciliados e impetra la piedad magnánima del
Señor,
desatándose la cabellera de espigas para ceñir y enjugar con su
anadema el cruento tributo de la más solitaria y ardiente de
sus lunas!

DISTANCIAS

Distancias.
En la vida hay distancias.

El hombre emite su aliento,
el limpio cristal se empaña.

El hombre acerca sus labios
al espejo...,
pero se le hiela el alma.

(...Pero se le hiela el alma.)

Distancias.
En la vida hay distancias.

VÁNDALO AUGUSTO

Al fin, yo soy lo que mi ser abstracto,
de espectro múltiple y veraz, proyecta.
Concéntrico el fervor, la vida recta,
nada me mueve sino el dulce pacto.

Divina forma y aprehensión del acto
que encarna el verbo: furia de mi secta.
La vida inmune, virgen, está infecta.
El alma viva de mi carne es tacto.

Ascético rencor, turbios regímenes,
mística farsa de la pura frente:
sean de amor y de verdad mis crímenes.

No estanque, sino cima de torrente.
Vándalo augusto de floridos hímenes.
Doma de eternidad es el presente.

SEGUNDA CAUTIVIDAD

Aun cantan Amor y Muerte...
desgarrándose, su copla.
Yo la escucho.
Copla que es cópula, sangre
de nupcias, pasión de noche
revivida.
De la muerte, hondón macabro,
lúgubre bordón, se yerguen
las miserias
perjuradas de los hombres;
lo que fue o se dijo alma,
verbo impuro.
Lo que fue o se dijo alma,
que se abrasó en carne viva,
toma cuerpo,
resucita con quejumbres
de dolor recuperado,
perdurable.
¡Dolor del placer extinto
en indeleble perjurio!
La ceniza
recubre el agusanado
rencor, los sangrientos vermes
del rescoldo.
Amor con amor se paga,
muerte con muerte se adeuda.
Todo es uno.

Amor y muerte se dicen
el recíproco misterio
de sus fraudes.
El Amor se impregna en muerte
y hace vida, esto es, camino
veleidoso.
Las veleidades concluyen,
unánimes, en lo inmóvil
de la huesa.
¡Bravo decir! ¡Amor bravo
que se resuelve en pavora
y en congoja!
Así, desdecido, entierra
su decir de eternidades
y de cielos.

Aun cantan Amor y Muerte,
desgarrándose, su copla.
Yo la escucho.
Copla que es cópula, sangre
de nupcias, pasión de noche
revivida.

MUJER

Mujer. Palabra rubia,
de miel. Vaso de oro.
Persistencia monótona, de lluvia.
Silencio puro. Balbucir sonoro.
Mármol o bronce. Simulacro.
Corporeidad rotunda. Lanza
de emoción. Fuego sacro.
Cumbre de todos los instintos. Danza.

Médula de lo ignoto. Áurea vedija
incoercible. Vientre de los nombres.
Arca de la eternidad. Hija
del Hombre. Madre de los hombres.

ALBOROZO DE VERDES INICIALES...

Alborozo de verdes iniciales: apunta
en grito y luz (¡amor!) tu congoja divina.
¡Asir, maciza rosa, aprehender! Se descíñe
tu secreto en delicia, porque el viril empuje
pide gloriosamente la verdad más profunda.

Bien está tu perfume misceláneo, el que exhala
la iniciación unánime y ciega de tu fronda,
el deje agudo y limpio de las lientas axilas
y el que arranca, en redondas, trémulas y calientes
ondas, del oleaje de los torsos perfectos.

Bien está la ternura de tu caos: las lágrimas
que anidan en los árboles gozosos, transparente
gravidez: verdes ojos cargados de esta lluvia
que llora el paso errante y el perfil entrevisto
de la Belleza, ¡soplos de luz, color de brisas!

Bien está este sopor de la siesta, este ámbar
de la hora, molicie que enerva y crispa a un tiempo.
Entrevisión fugaz de mujeres que huyen
de sí propias, al celo de la umbría, desnudas.
(Desnudas, palpitantes de acezo y de sofoco,
de luz! Mujeres rubias que llevan en la espalda
rosas verdes, improntas de líquenes, de musgos
y el dolor o la muerte exprimida de un trébol.)

Pero el amor... La fronda cobija a los vencidos
triunfadores, hidalgos que se ocultan o duermen.
Allí, dulce refugio, cita feliz, exacta
coincidencia, en minutos de eternidad o gloria,
el paisaje, a merced del amor, se mecía.

¡Ay carne enferma, torpe quejumbre sin sentido!
¡Ay avidez y envidia frente al robusto hallazgo!
Rubia deidad, o ángulo de la dicha, promesa
de oculta flor, instante sin término, ¡locura!

¡Ay corazón transfijo! Como agujas sutiles
lo transverberan risas, brisas, aromas. ¡Pájaro
heroico, estremecido siempre en un aleteo
de agonía que es pugna con su ingrátido apoyo!

JOSEP MARIA MIQUEL I VERGÉS

(Arenys de Mar, 1903 – Ciudad de México, 1964)

LA VEU DEL VIANANT

Va un obscur vianant
sota els arcs de la plaça;
porta al darrera la mainada, esvalotant.
Mira, i somriu a un fantasma, al seu davant;
després arruga el front, i sa mirada es glaça.
Surt la comare, que ha deixat la feina;
enllà el manobre, atret per la xicalla,
per sol enmandriment reposa la senalla,
i el ferrer negre vora el foc oblida l'eina.
Bé ho sap el vianant: indiferents,
arreu ulls apagats, mal amatents,
finestres, totes son, l'acomiaten.
Però de cop es gira, i amb prenedora veu
diu a la gent: —Penseu
en els dies de foc, quan les roses es baden,
en els dies vernals, quan sens el crit
d'una primera ànima lliure,
quan l'ardiment mata el neguit,
quan l'impossible, un dia malferit,
dempeus, torna a reviure.
I sent rialles. Tant se val. Torna al camí.
Un dia, les oïdes que no han volgut oïr
l'auguri de l'albada
quan serà mort qui, tot passant, el proferí,
una nit, com estranya serenada,

dins de la sang el sentiran glatir.
Arrossega les cames per la vall no petjada,
esgarrinxat de brolles. I, ombrívol, cada mas
li atia la gossada.
Fins que, de cara al cel, s'adorm en tendre jaç
i li ungeixen el front regalims de rosada.
I a l'endemà, deixant enrera les fagedes,
s'enfila pel turó de la Creu i respira
l'aire tebi del mar; una vela s'albira
desmaiada en el gris. Ai, adéu, aures fredes!
—Cor obert de la gent marinera, escolteu
la santa veu dels segles. No us tremolen els ulls
fets a dues blavors i al boltx que pareu
com una teranyina enmig de dos esculls?
Oh boques retallades, oh cors en el misteri,
salobre a flor de pell, samarres colorides,
vides mesclades de riqueses i mentides,
amb dos clavells ardents, l'amor i l'improperi!
Tots el miren. El vent de la tarda, garbí,
caabdella i descabdella la mar enfistoinada.
I la sospita en ales de l'oreig és escampada,
i va lliscant l'aletja i, ensems, bóta el dofí.
Darrera el peu cansat que mesura l'areny
resten les fines marques dretureres.
Hi ha en aquell front la glòria dels cims i les geleres.
La forta paciència del roure en aquell seny.
I la gent se li junta;
en aquell cor, fet per a tots, volen poar-hi.
I seguit de tothom, rierada que munta,
ell s'adreça a pleret al roquer del Calvari.
L'home salta al llagut. Só l'ànima fidel
la que veu al dellà de serres i d'onades.
Jo sóc la fe, jo predic les anyades
que no veuran més ires enmascarant el cel.

Mare, no allets l'infant confiada?
Marí, ja nues la pena i el car?
Home del camp, ja menes segur la teva arada?
Infant, no sents la veu secreta de la mar?
(I ací i allà el seu dit senyalava la gent,
i el seu parlar tremia com una vela al vent.)
Perquè hi ha un esperit que el cel oreja
i que en la mar indòmita no minva mai son clam,
record de mil ròssecs, angoixa que panteja
debatent-se amb la sort, amb el dol, amb la fam.
Son crit demana una joia novella.
No enteneu, gent del camp, el seu crit de dolor,
vosaltres qu veieu com s'enfonsa la rella
aal pla tot despullat i ric de la saó?
Sou els lligats a un dolor sense queixa,
i aquell corbat a la terra i al fang,
i els ulls de foc, part enllà de la fatídica reixa,
i el pit obert amb estrelles de sang,
els que teniu el destí de la terra.
Ai de l'abjecte que us vulgui robar
el do sagrat, pervingut de la guerra!
Perquè la joia del món en un'alba roent començà.
S'ha fet silenci de tarda encalmada;
l'aigua sospira caient dels esculls.
—Ai de la cleda a son jou resignada!—
Hi ha un humiteig de salobre pels ulls.
Brilla un estel per damunt d'una antena.
Va cadascú, consirós, a la llar;
i reverents d'aquella veu serena
encar la senten, plena del cel i de la mar.
El poble creu. Ja no l'haurà cap mort impura.
El terral ha marcat una ratlla i amoixa
trenta braces de mar, enganyosa planura.
L'home, dret al llagut, sent el pes de l'angoixa.

.....
 El matí és de mar blanca. Arriben sardinals.
 —Vianant que has pagat el tribut dels mortals!
 (Peus humits, ells humits vora el mort fan rotllana.)
 No tindràs més delit, però el so de ta veu
 arribarà a tot camí, a tot freu
 del bac i la solana.

QUATRE SONETS

El cementiri de les paraules

Vas saltar a les altures dels somnis impossibles.
 Vas caure a les fondàries d'abismes insondables.
 Un cop d'ona et va treure dels dies impassibles,
 que es morien sense ombres i neixien afables.

I ara, on ets? On reposes la teva ànsia cansada,
 que resistí la llàgrima, el bes i el braç que ajuda?
 En quin areny recòndit, desert, l'has amagada
 per a no mostrar-la al món desmaiada i vençuda?

Trist pelegrinatge el teu, pel bosc de la quimera,
 on els arbres són cossos de morts, en una espera
 redemptora d'amors fràgils, embolcats de faules.
 Si un cas no tornes més, sé on trobar-te compungida,
 vetllant una promesa, a l'últim no complida:
 A l'etern cementiri infinit, de les paraules.

L'amor d'ahir

Corro pels camps deserts del meu desvari!
 Vogo pels mars en una barca vella!

M'enfilo fins a dalt del meu calvari!
Galopo en un cavall que no duu sella!

En un mirall trencat busco la imatge,
sempre arraulida de la paciència.
I segueixo la cursa pel paisatge
i clavo el rem a l'aigua amb insistència!

¿Quan podré deturar la bogeria
d'aquest córrer, horrible tirania
per el cor vell, que no pot revenir-se?
Ai camps! Ai rems! Ai cavall sense sella!
Deixeu-me reposar dins la capella
d'un record d'anys que no ha pogut morir-se!

L'onada

Arribes orgullosa, com matrona
de cabellera blanca estesa al vent.
Vas a la mort, esclava d'una altra ona,
en rítmic rutinari moviment.

Puges enlaire de la roca altiva
amb la força que aguantes del gregal.
La ressaca t'acull, encara viva,
i agonitzes amb llàgrimes de sal.

Un gran llençol d'escuma, és el sudari
del teu córrer pel mar, en el desvari
d'arribar a terra, per poder robar
una mica de sorra. Ara, vençuda,
fas el darrer gemec d'ona caiguda,
als peus del que aspiraves dominar.

L'etern naufragi

Tres pescadors vararen en una alba.
—Ni vent, ni núvol, ni rompent d'onada.
Una veu jove cridà a un vell:
—Tu! Salva
el darrer pal i espera la tornada!

El llagut que es varà a la matinada
no va tornar mai més. Barca perduda,
Sant Elm la va acollir. La vela hissada,
eina del vent, es va estripar vençuda.

Les vidues van plorar, però un bon dia
van llançar el vel perquè no afavoria
a un altre amor, vestit de nova fatxa.
Tan sols el vell, amb els ulls morts, seguia
escrutant l'horitzó, per si hi floria
la vela del passat, ruta a la platja.

ANEXO 1
VERSIONES DE LOS POEMAS DE JOSEP CARNER

Diálogo

Fue en calle de bardas y de barracas vacías. / Yendo por ella, solitario,
sentí / una voz débil entre el polvo, cercana a mí, / y yo miraba a
mi entorno lo que sería; / y solamente había / una sombra, la mía,
siguiendo su camino. / Casi sin sentirlo, escuché lo que decía: / —Soy
yo quien te quiere hablar; nadie soy / del todo extraña a ti; / si
dudaras, loco o ebrio, de tu ser, / verme a mí y estar seguro serían lo
mismo. / Mis virtudes son fidelidad y obediencia, / derecha voy a tu
lado sobre la pared; / cuando ella se acaba, me acuesto por el suelo, /
acostado o parado, siempre fiel a ti. / Somos compañeros de caminos
y de búsquedas, / soy yo quien se deja ordenar, tú quien ordena, / y
dócil necesito atrapar tu gesto, al estilo del can / que quiere alcanzar
el pedazo de carne; / incluso por mi genio fácil, claro está que refle-
jado, / sé encogerme o alargarme / como haces tú solamente a gusto
del espíritu. / Nunca esconderme sabrías / de lugar alguno diligente;
/ a mí me toca imitarte / con regular estudio de cada movimiento. /
Nuestro paso me dice si osas o si dudas; / siento lo que piensas aunque
no te enteres. / Rebaja tu orgullo —te digo— mientras vas caminando
/ pues es ley fatal que caminemos los dos; / ya lo ves, soy sombra y te
acompañó todavía / cuando tantas otras sombras se te han derretido
/ de gente compacta y de clara voz. / —Cumple con tu deber, ya lo
sé, muy cerca de mí, / esté yo distraído o bien sin agradecértelo. /
Pero dime ¿y este servicio no te pesa, / hijo quizá de un beso del día
y de la noche? / —No; ninguna sangre incierta me ha dado la vida /
ni nunca deseo alguno me ha dado tormento; / por ello no conozco
ira ni vergüenza, / deleite ni remordimiento, / ni nunca, pues soy

sombra, dibujo que duda. / En la hora de tu fin, / cuando cese a tu lado mi camino, / me desvaneceré en el aire, incorrupta, / porque, inmaterial, no me sorprenderán llantos / arriba de una hoya ya lista. / A mí nunca me atacará la tierra / que te echarán encima.

AÑORANZA DE NUESTROS PINOS // ¡Oh pinos de nuestras sierras, orgullo de las alturas, / vigías del mar, por encima de espumas y escollos! / Sabéis el afán que me consume y el rasgo de mis plegarias: / para encontraros, sólo necesito cerrar los ojos. // ¡Jamás veré el placer que llega por lentas vías? / Con sólo mi lengua por goce y por consuelo, / aunque en tierra extraña se escurran mis días. / ¡De prisa, día grande que destruirás el duelo! // ¡De prisa! Ya a acosarme acude la hora fría / que para siempre borra la añoranza, el pesar, la queja. / De golpe creeré que caerán las hileras de pinos / por un resquebrajamiento del roquedal.

Tránsito de Enrique Díez-Canedo

Suspiraban los libros en hileras, / veía cerca de sí —¡qué crudeza, el sol!— / aquel racimo de caras bien amadas, / apretujadas en su duelo. / De puntillas dejó su recámara: / tenía en su despojo frío de más. / Pasó una nueva puerta en la pared, / que se abrió sólo para él. / Bajó por una escalera / estrecha y húmeda como un pozo, / y salió leve a la neblinosa vía / donde se apaciguaba el alma que fue. / Sombra gentil, todavía, en la ribera / final, con el resto de una sonrisa, / ganó el corazón de Caronte, duro como su barca, / y aclaró vagamente el aire viciado. / Del río en el agua negra, al embarcarse, / recogió un puñado de estrellas, / y dejó la mitad de un epigrama / al pie de unos asfódelos.

Velada del regreso

¡Oh Patria, construida / por los dioses! ¡Oh lugar seguro, duradero y franco! / Todas las sombras huidizas / de tierras y de pueblos más allá

de las fronteras / ruedan por los ojos sin que nos duren en la sangre, /
y en vano las acompañábamos contigo, columna firme, / en quien la
angustia cosecha / por generaciones de nuestro barro. // Dejaremos
nuestro hogar, / los trajines y la tierra de nuestros abuelos, / de la
fortuna en fin doloroso; / salimos por el portillo de la derrota / y nos
desperdigamos en busca de cobijo; / juramos que de nuevo sabrías
ser altiva / y en pobres signos te llevábamos viva, / ramo de boj o
ramilla de brezo. // A cada pájaro y a cada ola, / a cada nube leve, /
dábamos mensaje de suspiros; y quien moría / tus cimas buscaba en
su regreso a Dios; / en cada estación que deshojábamos / queríamos
trocar el cielo, el viento, la nieve, / y era cada trozo del pan de cada
día / comunión con el tuyo. // Pero hoy, junto a los mares extraños
/ y las insólitas montañas, / aquí y allá del mundo, / dentro de un
rosal del alba / dice la nueva esperanza, recién llegada, / oh Cata-
luña, de tu corazón profundo: / —¿Quién sabe? Cuenten las horas,
que mis portales se impacientan / y son los de la fiesta, no los de la
afrenta. // ¡Oh Cataluña!, ¿qué te llevaremos como ofrenda? / Quizá
te consolarás por lo que extraemos de adentro: / pesar por lo que fue
y mengua de lo que fuimos, / ¡oh tú, envuelta en nuevos destinos!
/ Estamos heridos en el alma, / enferma del desgarrón; / en sarta de
años agotamos / tantos zodiacos indistintos! // Pero con el brazo en
vuelo, rodillas en tierra, / divisaremos un día tu umbral. / Seremos
chorro de tu corriente / y susurro de tu labor y de tu habla / los que
en insomnios y diurno tumulto / piensan en la fama de tu mañana,
/ y los que se consumen con afán de respirarte, / y los señalados para
verte y fenecer. // —Siempre han sido mi alegría —dice Cataluña— /
las puertas libres y los caminos abiertos. / Dos hijos gemelos tuve
en mis entrañas, / uno establecido y otro disperso; / uno abriendo
surcos y su hermano las olas, / nunca se desligaron mi lugar y el
universo, / y así es más mi deseo entre mojonos / y así soy más yo
entre lo diverso. // Porque desde el comienzo de mis siglos / no todo
mi juicio es permanencia. / De dónde, de la mirada a estrellas que no
se vislumbran / desde el propio lugar o del ejido; / de alas y velas y
marinos cordajes, / del polvo y del polen de los viajes, / de ardientes

ciudades remotas, de afanarse en lugares salvajes, / también quien queda vive.

NABÍ / IX / Una noche, en el sueño, salí de mi manida. / A la luz verde y poca / decíame: —¡Cuán lejos estoy!, mirando, como / macerado en cansancio, / alrededor de mí. Piernas al aire / sobre un peñón, por solo me tenía. / Y al discurrir por donde / podría encaminarme, aprovechando / entre espinados márgenes / la última luz tras los ajados arreboles, / sentí de pronto, mas sin verles, / de alguien que estaba en pos de mí los ojos. / Dijo una voz, con dejo griego: / —En vano ruedas, terco / de zozobra en zozobra, / escarnecido en cada lugarejo / donde dices hablar estremecido / por ese dios que nunca hallaste. / Muy civilmente la voz modulaba / y como bajo un párpado / de compasión caído: / el aire del acento sutil del echadizo / me helaba la cerviz apesarada. // (Cuando Jehová tantea / un corazón y dice: —Será mi confidente, / día por día le desacostumbra / del vocerío de las pláticas. / Quien a Dios oye de todo se excluye, / quien a Dios oye reprime su aliento; / quien le contempla / sobre sí dejara que creciera el césped, / quien le contempla / mira como orate, / y si con ojos aún suspensos feneciese / entraría en la muerte por el dintel del día. // Y el hombre en alta soledad esquivo / la traza perdió del halago; / y le desplace quien, inútil al desnudo, / cual niña con aretes columpia la cabeza / y con cantinelas seduce; / el zahareño gruñe que hay en la miel engaño, / y ve señal de insidias de espíritus traidores / en la premura del ceremonioso.) // ¿Quién en país tan solo y tan desmemoriado, / pensé, me acoge con acento blando? / Bajo la noche, dueña de los resbaladeros, / tras mí quise mirar, mas de soslayo. / —Cuanto vemos, oía, es polvareda: / y todo son partículas febriles, el altivo / roquedal y los astros, vos y yo, las arenas del sendero. / Y todo muere, todo revive, todo rodará sin cuento; / y si allende las trémulas rodadas / hubiese algo, un divino, él miraría / y presa del afán de la carrera / vendría al remolino. / No hay quien se exima de la ley del todo / sino encerrándose en la nada. / —Tu son me alerta, dije, tu maña no me aturde, / vestigio

aparecido cuando se demudaba / el último rescoldo en el ocaso, / oh
embaidor retorcido cabe el tronco / como en remedo de la sierpe
/ y de ojos encendidos en la noche / como los faroles del búho. /
Quien bajo el negro hechizo / de Dios revuelca el nombre, / por
el permiso de Él dura en el aire / que al imprecator respira; / quien a
Dios niega sólo niega / un ruin engendro de su sola hechura; / quien
de Él quiere evadirse en Él tropieza; / le hace acudir a su gemido el
desastrado; / por su fulgor cubre su vista el fugitivo; / de Él vive quien
le ignora. // Con voz que entre halagos se arriesga / contestaba a mi
entendimiento; / con voz que se desliza / para apresar en móviles
anillos: / —Gran duda tengo de que sea / quien tanto fuera y tan
opaco se recata. / ¿Qué hace él mientras yo vivo? / No doy con él ni
asomarán sus nuevas. / ¿He de alcanzar las cumbres, sobrecogerme en
pozos? / Lánceme ya al abismo si se vale. // Híceme atrás, en pánico
del Dios escarnecido, / y miré ansioso: nadie / parecía en los altos
roquedales / ni había signo en la celeste esfera. / Y entre la noche
huera que todo son aplaca, / más huera ya por defeción del rayo,
/ me ensordecía la resaca / de mi consternación, sola en el mundo.
// Y al estallar la risotada del impío / un pensamiento me abrasó las
sienes: / —¡Salva tu fe, o pereces! / Y con graveza de añadido brío
/ fui al retador como un poseso / y amarrándole el pecho en ciego
nudo / le hundí cabeza abajo por la sima. / Y de horror me aparté,
desatinado, / y un estruendo por poco me derriba, / como perdido el
sér: la topetada / del cuerpo en una resonante breña. / Asido a unos
abrojos / quedeme derrotado en el repecho. / Y me amagó la peña,
vituperóme el aire. / Y Dios me dejaba, arrecido / como un gusano,
ante el asalto de la hondura. // Y oí, muy pura, una secreta melodía:
/ No hay peor blasfemia / que negar que Dios es perdón: Abel era / su
servidor amado, / y yo, si Él fuera acerbo, no viviera. / ¿Quién dice:
A mi Dios vengaré? / ¿Quién se atreve / a hostigar a su Dios contra
fantasmas? / Él abraza el lodo y la oveja, / y el gavilán y las nidadas.
// Él es quien desmoleza los jarales, / quien poda el deleitoso vergel
que ciñen ríos. / Le quita señorío quien en vez de Él castiga; / dionos
la vida; tómela en sus manos, / como al infante, que menguar ve el

mundo / porque el cansancio vela sus ojos, se retira / una cosa en
ficción con que jugaba. // Y sintiéndome hundido / en precipicio
más profundo / que el despeñado, / como dudoso levanté la frente; /
y viendo escrita en las estrellas / una promesa de piedad al mundo,
/ adoré el nombre de mi Dios, a rastras.

ANEXO 2
VERSIONES DE LOS POEMAS DE
JOSEP MARIA MIQUEL I VERGÉS

La voz del caminante

Va un oscuro caminante / bajo los arcos de la plaza; / lleva detrás a los chiquillos, alborotando. / Mira, y sonrío a un fantasma, frente a él; / después arruga la frente, y su mirada se hiela. / Sale la vecina, que dejó sus labores; / más allá el obrero, atraído por la chiquillada, / sólo por pura desidia deja la espuerta, / y el negro herrero junto al fuego olvida la herramienta. / Bien que lo sabe el caminante: indiferentes, / por todo ojos apagados, apenas atentos, / ventanas, todas son, lo van despidiendo. / Pero de golpe se vuelve, y con voz que agarra / dice a la gente: —Pensad / en los días de fuego, cuando las rosas se abren, / en los días vernales, cuando resuena el grito / de una primera alma libre, / cuando el ardor mata al desasosiego, / cuando lo imposible, un día malherido, / de pie, vuelve a revivir. / Y oye risas. Lo mismo da. Vuelve al camino.

/ Un día, los oídos que no han querido oír / el augurio del alba / cuando estará muerto quien, pasando, lo profirió, / una noche, como extraña serenata, / dentro de la sangre lo sentirán latir. / Arrastra las piernas por el valle sin pisadas, / arañado por la maleza. Y, sombría, cada casa / le lanza los perros. / Hasta que, de cara al sol, se duerme en tierna yacija / y le ungen la frente hilos de rocío. / Y a la mañana, dejando tras sí los hayedos, / se enfila por el cerro de la Cruz y respira / el aire tibio del mar; se distingue una vela / desmayada en la grisura. ¡Ay, adiós, auras frías! / —Corazón abierto de la gente marinera, escuchad / la santa voz de los siglos. ¿No os tiemblan los ojos / hechos a dos azules y al artete que montáis / como una telaraña

en medio de dos escollos? / ¡Oh bocas fragmentadas, oh corazones
en el misterio, / salobre a flor de piel, zamarras acoloridas, / vidas
mezcladas de riquezas y mentiras, / con dos claveles ardientes, el amor
y el improprio! / Todos lo miran. El viento de la tarde, ábrego, /
ovilla y desovilla el mar festoneado. / Y la sospecha en alas del oro
se desparrama, / y va deslizándose la aletja y, a la vez, salta el delfín.
/ Tras del pie cansado que mide el arenal / quedan las finas marcas
en derechura. / En aquel frente está la gloria de las cimas y ventis-
queros. / La fuerte paciencia del roble en aquel juicio. / Y la gente
se le acerca; / de aquel corazón, hecho para todos, quieren extraer.
/ Y seguido por todos, cauce que asciende, / él se dirige lentamente
a la peña del Calvario. / El hombre salta al laúd. —Soy el alma fiel
/ la que ve más allá de sierras y de oleajes. / Yo soy la fe, predico los
añales / que ya no verán iras que enmascaran el cielo. / Madre, ¿no
das el pecho a tu hijo confiada? / Marinero, ¿no anudas la pena y
el car? / Hombre del campo, ¿manejas seguro tu arado? / Niño, ¿no
sientes la voz secreta del mar? / (Y aquí y allá su dedo señalaba a
la gente, / y su habla temblaba como una vela al viento.) / Porque
hay un espíritu que el cielo orea / y que en el mar indómito nunca
apaga su clamor, / recuerdo de mil secuelas, angustia que jadea /
debatándose con la suerte, con el duelo, con el hambre. / Su grito
pide un nuevo júbilo. / ¿No entendéis, campesinos, su grito de dolor,
/ vosotros que véis cómo se hunde la reja / en el llano todo desnudo
y rico por la sazón? / Sois los atados a un dolor sin queja, / y aquel
encorbado a la tierra y el barro, / y los ojos de fuego, parte más allá
de fatídica reja, / y el pecho abierto con estrellas de sangre, / los que
tenéis el destino de la tierra. / ¡Ay del abyecto que os quiera robar /
el don sagrado, logrado con la guerra! / Porque la alegría del mundo
empezó en un alba de fuego. / Se ha hecho el silencio de tarde en
calma; / el agua suspira al caer de los escollos. / —¡Ay del redil a su
yugo resignado! / Hay cierta humedad salobre en los ojos. / Brilla una
estrella por encima de una antena. / Cada quien se dirige, pensativo,
al hogar; / y reverentes de aquella voz serena / todavía la oyen, llena
de cielo y de mar. / El pueblo cree. Ya no se la apoderará ninguna

muerte impura. / El terral marcó una raya y acaricia / treinta brazas de mar, engañosa llanura. / El hombre, derecho en el laúd, siente el peso de la angustia. / ... / La mañana es de mar blanco. Llegan los sardinales. / —¡Caminante que pagaste el tributo de los mortales! / (Pies húmedos, ojos húmedos junto al muerto se agolpan.) / No tendrás más alegría, pero el sonido de tu voz / llegará a todos los caminos, a todo canalizo / de sombra y solana.

Cuatro sonetos

EL CEMENTERIO DE LAS PALABRAS // Saltaste a las alturas de los sueños imposibles. / Caíste en las honduras de abismos insondables. / Un golpe de ola te sacó de los días impasibles, / que se morían sin sombras y nacían afables. // ¿Y ahora, dónde estás? ¿Dónde descansas tu ansia cansada, / que resistió la lágrima, el beso y el brazo que ayuda? / ¿En qué arenal recóndito, desierto, la has escondido / para no mostrarla al mundo desmayada y vencida? // Triste peregrinaje el tuyo, por el bosque de la quimera, / donde los árboles son cuerpos muertos, en una espera / redentora de amores frágiles, envueltos en fábulas. / Si no pudiera regresar, sé dónde encontrarte compungida, / velando una promesa, por lo demás no cumplida. / En el eterno cementerio infinito de las palabras.

EL AMOR DE AYER // ¡Corro por los campos desiertos de mi desvarío! / ¡Vogo por los mares en una barca vieja! / ¡Trepo hasta lo alto de mi calvario! / ¡Galopo en un caballo que carece de silla! // En un espejo roto busco la imagen / siempre acurrucada de la paciencia. / ¡Y sigo la carrera por el paisaje / y sumerjo el remo con insistencia! // ¿Cuándo podré parar la locura / de este correr, horrible tiranía / para un corazón viejo, que no se recupera? / ¡Ay campos! ¡Ay remos! ¡Ay caballo sin silla! / ¡Déjenme descansar en la capilla / de un recuerdo de años que no puede morir!

LA OLA // Llegas orgullosa, como matrona / de cabellera blanca
tendida al viento. / Vas a la muerte, esclava de otra ola, / en rítmico
rutinario movimiento. // Subes por encima de la roca altiva / con la
fuerza que obtienes del gregal. / La resaca te acoge, todavía viva, / y
agonizas con lágrimas de sal. // Un gran lienzo de espuma es el sudario
/ de tu correr por el mar, en el delirio / de llegar a tierra, para poder
robar / una pizca de arena. Ahora, vencida, / das el último gemido
de ola caída / a los pies de quien esperabas dominar.

EL ETERNO NAUFRAGIO // Tres pescadores salieron en el alba. / —Ni
viento, ni nube, ni olas que rompen. / Una voz joven gritó a un viejo:
—¡Tú! ¡Guarda / el último mástil y espera el regreso! // El laúd que
se botó en la madrugada / no regresó jamás. Barca perdida, / San
Elmo la acogió. La vela izada, / herramienta del viento, se desgarró
vencida. // Las viudas lloraron, pero un buen día / tiraron el velo
porque no favorecía / a otro amor, vestido de nueva facha. / Tan solo
el viejo, con los ojos muertos, seguía / escrutando el horizonte, por
si florecía / la vela del pasado, en ruta a la playa.

NOTAS

ALFONSO REYES. Aunque existen multitud de antologías de la poesía de Alfonso Reyes, creo que era sólo de justicia incluirla en este tomito, cuya función era y es celebrar los 75 años de El Colegio de México con los poetas de La Casa de España en México, que con tanto esfuerzo y penurias dirigió don Alfonso.

Los poemas que escogí forman parte de la selección que hizo con Émilie Noulet de Carner, que ella tradujo al francés y cuya intención era que se publicaran en Francia. Véase mi edición, *Journée poétique o historia de una traducción*, publicada por El Colegio Nacional en 2008.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO. Sus epigramas fueron publicados por primera vez en 1928, pero en 1944 se hizo una edición bajo el sello que años después se haría famoso de Joaquín Mortiz, en una edición ilustrada por Ricardo Martínez y adicionándole los epigramas posteriores hasta entonces inéditos. Recomendamos la lectura del poema de Josep Carner también incluido en este volumen dedicado a Díez-Canedo.

PEDRO SALINAS. Sólo hacemos notar, como lo han hecho mejores críticos que yo (que no lo soy) la reiteración del “sí” en la poesía de Salinas: “síes, síes sin fin”. Sin embargo, no todo es afirmación en Salinas, sino más bien una búsqueda de la armonía, del mito forjado por el hombre, de un horizonte que no siempre está libre de niebla. Sin embargo, en todo hay una razón de amor, como reza el título de uno de sus libros.

JOSEP CARNER. *Nabí* es un poema que seguramente Carner terminó ya en el exilio francés. La versión que publicamos aquí es la que hizo el propio poeta y que apareció en 1940 bajo el sello de la Editorial

Séneca que dirigía José Bergamín. Carner lo prologaba de la siguiente manera: “En la triste pendiente de 1938, viviendo mis angustias de patriota y de hombre en un mundo abertal y sin rocío de santidad, quise entregarme de nuevo al encanto de una muy venerable leyenda: la irónica y dulcísima didáctica del perdón. En aquel otoño parisiense, escribí prácticamente todo mi poema, fiel a mi nativa lengua catalana, contra la cual se encarniza hoy una Nínive pigmea. En 1939, ya entre estos nobles valedores mexicanos, vertí mi poema a lengua castellana, con fines como de más acercada plática. Siguen en el mundo la opresión del espíritu y los amagos soterráneos; pero yo prefiero ser anacrónico y, como el niño dormido que cantó el poeta, sonreír a lo que descubro con cerrados ojos.”

“Vetlla del retorn” fue premiado con la Englantina d’Or (que se concedía a un poema patriótico) en los Juegos Florales de la Lengua Catalana celebrados en Montpellier en 1946. En las obras completas publicadas por la Biblioteca Selecta de Barcelona en 1968 no aparece este poema, por razón natural.

LEÓN FELIPE. También León Felipe escribió su *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* en situación extrema: “Lo escribí en el año 1938, todavía durante la guerra de España; cuando el gobierno legítimo de la República estaba ya en Barcelona, los rebeldes habían atravesado el río Ebro y la guerra venía ya perdida para nosotros. ¿Para nosotros nada más? Allí perdimos todos. Ahora estamos viendo que allí perdimos todos. Allí perdió el hombre su bandera.” Esto escribía León en 1968 desde México, prologando ese libro que había escrito en el *Bretagne* de camino hacia México. El poema “Oferta” forma parte de este libro que fue leído en Bellas Artes y publicado por el Fondo de Cultura Económica en el mismo año de 1938 y por Finisterre Editores en 1968 con nuevo texto del que transcribimos ese párrafo que incluimos en esta nota.

JOSÉ MORENO VILLA. Desde 1938 en La Casa de España, Moreno Villa incursionó desde un principio en el arte mexicano, un indicio de lo

cual es sus “Canciones a Xochipilli”, que quise incluir completas como una manera de establecer también en su poesía esa pasión por el arte prehispánico (y por Xochimilco). El Colegio de México y la Residencia de Estudiantes de Madrid publicaron sus *Poesías completas* (1998).

JUAN JOSÉ DOMENCHINA. De él dijo Enrique Díez-Canedo en el epílogo a la tercera edición de su *Antología de la poesía española contemporánea* (1900-1936), en la que Domenchina no se quiso antologar a sí mismo: “Lo que a mí me consta es que el autor no ha pensado ni remotamente en excluir a los poetas que le son menos gratos o aparecen como más distantes de su manera de entender la poesía. Mas, y aquí entra ahora mi principal propósito, si a ninguno excluyó, rencoroso, a uno por lo menos, sin posibilidad de rencor ni sombra de desdén, se ha negado a incluir. ¿Tiene Gerardo Rivera algún agravio contra Juan José Domenchina y se ha tomado, entre bastidores, esta pequeña venganza? A mí me gustaría repararla, si puedo, y no esto sólo: rectificar también un sentimiento de evasión que, si procediese de la modestia, no podría admitirse, y si lo causara el temor de que los lectores compararan los versos de su propio numen con los de sus compañeros o sus rivales —que todo poeta es rival de los otros, por muy alto que los estime—, menos aún podría admitirse.”

JOSEP MARIA MIQUEL I VERGÉS. Sabemos que Miquel i Vergés escribió mucha poesía. Sin embargo, no aparece. Aquí incluimos el poema que obtuvo la Englantina d’Or en los segundos Juegos Florales de la Lengua Catalana celebrados en México en 1942 en el exilio, así como sus sonetos que obtuvieron la Flor Natural en los que se celebraron en 1957, también en la ciudad de México. Con ello, creo que publicamos su poesía completa conocida.

El poeta en la casa

se terminó de imprimir en octubre de 2015, en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V., Naranjo 96 bis, P.B., col. Santa María la Ribera, 06400 México, D.F. Portada: Pablo Reyna. Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V. Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.



ISBN: 978-607-462-902-6



C EL COLEGIO
M DE MÉXICO